BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

TE COMPRO TU DINERO



COLECCION
LA HUELLA

eb

LOU CARRIGAN

TE COMPRO TU DINERO

Colección LA HUELLA n.° 120
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 52318-1976

Impreso en España - printed in Spain

1.a edición en esta Colección: febrero, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del
F. B. I.
en Miami, alzó la cabeza, dejando de contemplar el esquema. Miró al agente especial que tenía ante él, sonriendo aprobativamente. Alto, delgado, rubio, ojos claros y gran bocaza simpática, que a veces formaba un pliegue durísimo. Se llamaba Spencer Griffin.

—Magnífico, Spencer —elogió Gordon—. Una distribución perfecta de los muchachos. Oye, te sienta estupendamente el «*smoking*»…

—Gracias, señor —sonrió Spencer—. Por las dos cosas. ¿Qué le parece mi clavel?

Se tocó la flor del ojal, con un simpático gesto de coquetería masculina que casi hizo reír a Gordon, lo cual era todo un triunfo, ya que el jefe de la Delegación tenía una bien ganada fama de ser poco amigo de bromas. Pero, verdaderamente, Spencer Griffin podía hacer sonreír hasta a una piedra, como suele decirse. Impecable con su «*smoking*», sonriente, simpático, seguro de sí mismo y con aquel destello de clarísima inteligencia en sus claros ojos, había sido ya catalogado en la Delegación como el simpático número dos. El simpático número uno, desde luego, era Tony Leopard, que por aquellas fechas se hallaba en Flamingo.

—Es un hermoso clavel, Spencer. Escucha, recuérdalo bien: no quiero escándalo. Tal como has distribuido a los muchachos alrededor de la
«Sam's
Boite», todo puede hacerse con tranquilidad. Nada de espectacularidades, ¿de acuerdo?

—Siempre mandan las circunstancias, señor. De todos modos,

usted sabe muy bien que suelo ser sobrio y discreto en mis trabajos.

—Precisamente por eso te he elegido a ti como cabeza de grupo. Ésa es una sala de fiestas elegante, Spencer. Si todo el mundo que va allá fuese un adicto a las drogas, entraríamos una docena de nosotros, nos los llevaríamos a todos, y asunto concluido. Pero habrá allí personas respetables que nada saben respecto a que el «Sam's Boite» es centro distribuidor de drogas. Esas personas no deben enterarse de nada, ni sentirse molestas con nadie… Mucho menos, con el F. B. I. Elegancia, Spencer, elegancia.

—¿Usted cree que llevando este «*smoking*» tan fantástico no me veré obligado a ser elegante?

—Es cierto —volvió a sonreír Gordon—. ¿Todos los muchachos están en sus sitios…? Quiero decir si conocen ya este esquema.

—Desde luego. Sólo estamos esperando su aprobación, señor.

—Pues la tienes. Emmm… Veo que Forbes entrará contigo, y que Wallis y Pough dirigirán en el exterior el asunto. Me parece bien. En cuanto a señalar a los adictos a las drogas, espero que no lo hagáis con el dedo.

Spencer Griffin miró estupefacto a su jefe.

—¡Caray! Parece que está usted de buen humor…

—Suelo estarlo cuando vamos a hacer una redada como ésta. Bien, Spencer, esto es todo. Puedes marcharte ya. Vigilad bien esa sala de fiestas, esperad la hora adecuada, y haced el trabajo. Son las… ocho menos cuarto… Creo que abren a las diez. Dad unas vueltas y no entréis de los primeros. Cuando terminéis… ¿Sí, Mark?

Había desviado la mirada hacia la puerta de su despacho, donde acababa de aparecer su ayudante.

—Una señorita desea verlo, inspector.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Mary Ann Mc Vay.

—No la conozco… Que espere unos segundos, Mark.

—Sí, señor.

Mark salió, cerrando la puerta, y Spencer se puso en pie. Se dio otro toquecito al clavel, y luego agitó los dedos.

—Hasta la vista, señor. No hay que hacer esperar a las damas, y,

además, sé muy bien lo que tenemos que hacer cuando terminemos. ¿Alguna orden especial?

—No, no.

—Pues… «ciao».

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y adelantó un pie… Se quedó con aquel pie en el aire, petrificado. Estuvo así unos segundos antes de volverse, cerrar la puerta y apoyarse de espaldas en ella, con la expresión de quien ha visto algo increíble.

—¿Qué te ocurre? —Parpadeó Gordon, inquieto.

—Santo Dios…

Gordon se puso en pie y se acercó rápidamente a su agente, alarmada la expresión.

—Spencer… ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—He quedado herido, señor… Herido de muerte.

—Pero ¿qué tonterías…? ¿De qué hablas?

—Voy a pedirle un favor, señor: consígame el teléfono de esa chica. ¿Lo hará? ¿Hará eso por mí, señor?

—¿De qué chica hablas?

—La que está ahí fuera, esperando… ¡Si usted no me consigue ese teléfono!, me moriré de pena «¡Ciao!».

Volvió a abrir, y, dejando atónito a Gordon, abandonó el despacho. Por fin, el jefe de la Delegación sacudió la cabeza, encogió los hombros y volvió a su mesa, refunfuñando algo sobre el sentido del humor de sus muchachos.

—Mark —dijo, tras pulsar el botón del intercom—, que pase esa señorita.

—En seguida, señor.

La puerta se abrió a los pocos segundos, y Mark quedó a un lado, cediendo el paso a la tal señorita Mc Vay. El inspector Gordon alzó la cabeza, sonriendo cortésmente, de modo oficial… Y su sonrisa quedó como incrustada para siempre en sus labios. En un segundo, comprendió la… «broma» de Spencer Griffin. Que no debía ser tal broma, ya que si él no hubiera sido un hombre serio, de más de cincuenta años, casado y con una hija de la edad aproximada de aquella muchacha, también se habría interesado por su número de teléfono… y por muchas más cosas. Era alta, esbeltísima su figura perfecta y sugestiva, bien puesta de relieve por el fino vestido de puntiagudo escote, de color azul pálido. Un azul

que hacía juego con sus ojos, grandiosos, también azules, brillantes, inteligentes. Tenía los cabellos rojos y largos, algunas pecas sobre la naricilla, la boca grande y jugosa, y, en conjunto, con su blanca piel suave y su gallardo gesto, resultaba… aniquiladora.

Gordon se puso en pie, terminando por fin su sonrisa.

—Soy el inspector Gordon, señorita Mc Vay… ¿En qué puedo servirla?

* * *

Ya en la calle, Spencer Griffin se dirigió directo hacia el auto donde le estaba esperando su compañero Rom Forbes al volante. El auto era particular, propiedad de Forbes. No convenía utilizar ningún coche que por cualquier causa pudiera relacionarse con el F. B. I.

Antes de entrar en el auto, Spencer se volvió hacia otros dos vehículos, junto a los cuales esperaban varios agentes más del F. B. I. El «G-man» alzó la mano derecha, juntó los dedos índice y pulgar en el gesto clásico e inconfundible del «okay», y se metió en el coche, ya sin preocuparse por sus compañeros.

—¿El jefe ha aprobado el esquema, Spencer? —preguntó Rom.

—Claro. No nos estuvimos quemando los sesos para nada, digo yo. Haremos las cosas con elegancia, como muestra de respeto a las personas que esta noche acudirán al «Sam's Boite» a divertirse honestamente. Con mucha elegancia —sacó la pistola, la examinó por pura rutina, la guardó, y se quedó mirando como alelado hacia el frente—. Rom, estoy enamorado.

—¿De veras? —exclamó Forbes—. ¿De quién? ¿Del jefe?

—De un ángel.

—¿Has visto a un ángel? —rió Rom Forbes.

—Tiene que ser un ángel, palabra. Un ángel de ojos azules y cabellos rojos. Espero que el jefe me consiga su número de teléfono… ¿Has revisado tu pistola? No hay que confundir la elegancia con la estupidez.

—¿Por qué supones que soy estúpido? —refunfuñó Forbes—.

Dime más cosas de ese ángel. ¿Tiene alas?

—¡Seguro!

—¿De veras? ¡Demonios! ¿Y de qué color son?

—No sé… No he podido vérselas. Las debe llevar escondidas, ocultas por el vestido, claro. La invitaré a ir a nadar, la veré en «bikini», y así tendrá que dejar al descubierto sus alas.

—Eres un astuto agente del
F. B. I.
—rió de nuevo Forbes.

CAPÍTULO II

Hacía las dos de la madrugada, no quedaba prácticamente nadie en el
«Sam's
Boite». Las atracciones habían terminado pocos minutos antes, y sólo en dos mesas quedaban clientes. Una de ellas, ocupada por tres parejas jóvenes que reían como auténticos tontos, mereció una sonrisa indiferente por parte de Spencer Griffin. En la otra, un señor ya más que maduro debía estar diciendo algo muy gracioso, porque la joven rubia que estaba con él también reía mucho…, acariciando de cuando en cuando una de las botellas de champaña que había consumido. Había tenido suerte con los descorches aquella noche.

Pero, en definitiva, aquellas personas estaban fuera de todo interés por parte de Spencer. Estaba seguro de que no eran adictos a las drogas.

Miró a Forbes, que estaba en la otra punta del brillante, lujoso mostrador de caoba. Rom Forbes tenía todo el aspecto del simpático y elegante muchacho juerguista que, finalizando la jornada de diversión, prefiere la compañía de una botella de *whisky* a la de cualquier ser humano. Estaba un poco desgreñado, torcida la corbata de lazo, arrugando el «*smoking*» contra el mostrador y silbando quedamente «Nos sentimos jóvenes y dichosos». Mientras saltaba torpemente de su taburete, Spencer contuvo una sonrisa, pensando que Rom habría sido un magnífico actor.

Aunque él no lo había estado haciendo del todo mal. Como si sus piernas no estuviesen muy firmes, se fue en pos del camarero de la gran nariz, que había estado mereciendo toda su atención durante la velada en el
«Sam's

Boite». El camarero de la gran nariz desapareció por la puerta del fondo, y allá se fue Spencer Griffin, con su vacilante caminar, sonriendo como un tonto feliz.

Se encontró en el pasillo justo cuando el camarero de la gran nariz cerraba tras él una de las puertas que se veían. Dio un par de pasos hacia allí…, y otra puerta se abrió, dejando paso a otro de los camareros de la sala de fiestas, alto y fuerte, con cara de pocos amigos, que se quedó mirando con forzada cortesía a Griffin.

—¿Busca la salida, señor? —se interesó amablemente—. No es por aquí. Le acompañaré…

—Voy hacia allá —señaló Spencer la puerta que le interesaba.

—No hay salida por allá, señor. Además, esta parte del club es privada. El señor Hancock no permite que nadie ajeno al club esté por aquí.

—Pues yo —tartajeó Spencer— voy hacia allá, y nadie…, nadie va a impedírmelo… ¿«Okay», mamarracho?

Dio otro par de pasos hacia allá. Una manaza del camarero se posó en su hombro izquierdo, rudamente, crispándose allá Spencer se volvió como un rayo, y lanzó un derechazo terrorífico al estómago del hombre, que lanzó un gemido y se dobló en dos como si quisiera partirse. Sin vacilar, el
«G-man»
le golpeó en la barbilla, acto seguido, en un gancho espantoso, que habría derribado al hombre varias yardas más allá si no lo hubiera sujetado previamente por las solapas de su blanca chaqueta. El camarero quedó colgando como un pingajo de la mano del federal, que lo arrastró hacia la puerta por la que había aparecido en el pasillo. Lo metió en aquel cuarto, ató rápidamente los cordones de los zapatos del camarero, unos con otros, y le quitó el lazo blanco del cuello, con el que le ató las manos a la espalda.

Luego, se quedó mirándolo con sarcástica sonrisa, se llevó un dedo a los labios, y aconsejó:

—Sssst…

La recomendación no hacía falta: el camarero dormiría no menos de quince minutos.

El
«G-man»
regresó al pasillo. Poco después, se detenía ante la puerta que tanto

merecía su interés. Puso la mano en la manilla, la bajó y empujó, entrando en lo que resultó ser un lujoso despacho. Había un hombre sentado a la mesa de ese despacho, y el camarero de la gran nariz estaba junto a él, a un lado de la mesa, depositando monedas en la mesa. Detrás de ambos hombres se veía una caja fuerte, abierta.

El hombre que estaba sentado a la mesa había alzado vivamente la mirada, que clavó con hostilidad en el inesperado visitante.

—¿Qué desea usted? —preguntó abruptamente.

Spencer sonrió con un lado de la boca. Se fue directo a un sillón, se sentó y se quedó mirando fríamente al hombre sentado.

—Veamos si nos entendemos, Hancock —dijo de pronto—. Por mi parte, he hecho las cosas con la mayor elegancia posible. De modo que le ruego que no estropee la velada.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? Su intrusión en mi…

—Me llamo Spencer Griffin, y soy agente del
F. B. I.,
«señor» Hancock. Le diré lo que vamos a hacer: recoja esas monedas que acaba de entregarle su… camarero y hombre de confianza llamado Baruch, y vámonos. Con tranquilidad, con corrección…, con elegancia.

—¿Irnos? ¿Adónde? —Hancock había palidecido intensamente —. ¡Usted está loco! Si cree que porque sea del
F. B. I.
va a…

—«Señor» Hancock, hace semanas que le tenemos localizado y clasificado adecuadamente, pero, como ve, hemos tenido paciencia. Una gran y elegante paciencia, que, desde luego, corresponde a nuestro sistema de trabajar sobre seguro. Pues bien: esta noche, por fin, hemos trabajado sobre seguro. Le tenemos.

—¡No sé de qué está hablando! ¡Baruch, saca a este hombre de aquí ahora mismo!

El camarero dio unos pasos hacia Spencer, que permaneció inmóvil en el sillón…, pero mirándolo de tal modo que Baruch acabó por detenerse, sin previa amenaza, sin advertencia de ninguna clase.

—Si yo fuese usted, Baruch, no cambiaría de idea —susurró el
«G-man»
—. Quédese quieto ahí, por el momento. «Señor» Hancock,

acabemos este asunto apaciblemente, ¿quiere? Mire, me he pasado la noche en su mostrador, simulando empapurrarme de licor, pero, en realidad, vigilando los movimientos de Baruch. Y fíjese qué curioso: lo he ido comprendiendo todo.

—¿Qué es lo que ha comprendido usted? —jadeó Hancock.

—Bien… Lo de las drogas. Tiene usted una clientela muy selecta, apuesto a que la cocaína que les vende es de primera calidad, sin mezclas de harina, azúcar y cosas así. Sinceramente, durante unas serranas nos ha tenido desconcertados, pero, por fin, descubrimos su sistema de distribución, aquí, en el propio club, ante los ojos de todo el mundo. Sus clientes llegan, toman una mesa, se divierten… Finalmente, con toda lógica, pagan su gasto. Baruch es quien les cobra. Ellos le dan un billetes de cien dólares, o de mil, según el gasto. Baruch les da el cambio, por supuesto. Entre el cambio, hay siempre una moneda especial, como esas que Baruch acaba de devolverle. Son las que han sobrado de las ventas de hoy. Y dentro de esas monedas hay cocaína suficiente para… Bueno, no sé. Depende del consumo que cada cliente haga. A algunos quizá les dure una semana, a otros dos días, a otros un mes… Depende. ¿De acuerdo, «señor» Hancock?

—Usted… usted está loco…

—Ya lo dijo antes. Pero no. Los locos son ustedes. Durante toda la noche, he clasificado no menos de quince clientes, por lo que deduzco que precisamente hoy es día de venta, y que no todos los días pueden adquirir la cocaína. Hemos hecho una buena redada: usted y unos quince adictos. Porque, «señor» Baruch, esos clientes de usted están detenidos ahora, en la Delegación del
F. B. I.
Cuando se iban, yo los señalaba a un compañero, éste avisaba a otros compañeros de la calle, y cuando su cliente salía, ¡zas!, le enseñaban la placa del
F. B. I.,
lo metían en un coche que está a dos calles de aquí, y a esperar más clientes. Todos están detenidos ahora, Hancock. Bien… ¿Nos vamos?

—No es cierto… Y usted no tiene derecho…

Spencer se puso en pie, tras colocarse un cigarrillo en los labios. Se quedó mirando con frío ironía a Hancock durante unos segundos.

Luego, fue a la mesa, tomó una de las monedas que Hancock tenía ante él y, tras colocarla de canto en la mesa, la golpeó con un cenicero de cristal. La moneda se abrió, y un finísimo polvo blanco quedó sobre la mesa. El
«G-man»
se humedeció la yema de un dedo, tocó aquel polvo blanco y lo probó, con la punta de la lengua.

—No es azúcar, desde luego. Ni siquiera sacarina, Hancock. Oh, vamos, no sea estúpido. ¿No lo entiende? ¡Todo ha terminado! Póngase la chaqueta mientras yo miro en su caja fuerte, por si tiene más monedas como éstas.

Rodeó la mese y fue hacia la abierta caja fuerte. Estaba a punto de alzar una mano para meterla dentro cuando, de pronto, Hancock saltó hacia él, por la espalda, y le sujetó ambos brazos, chillando.

—¡Baruch, dale fuerte! ¡No saldrá de aquí!

Hizo girar al
«G-man»,
de modo que quedara de frente a Baruch, que consideró que la situación había cambiado notablemente. No era lo mismo enfrentarse a aquel tipo de sonrisa helada dando la cara, que golpearlo mientras estaba sujeto. Se abalanzó hacia él, puños en ristre, dispuesto a golpear con ganas… Spencer Griffin ni siquiera hizo el menor esfuerzo para soltarse de los brazos de Hancock. Esperó a Baruch, alzó de pronto la pierna derecha, y el camarero de la gran nariz recibió un tremendo puntapié en el vientre, que lo tiró de bruces al suelo, encogido, lívido como un cadáver, sin aliento.

Acto seguido…

—¿Necesitas ayuda, Spencer? —Se oyó en la puerta la voz de Rom Forbes.

… separó enérgicamente los brazos, rompiendo el cerco formado por los de Hancock. Todavía sin volverse, lanzó hacia atrás su codo derecho, hundiéndolo en el estómago del propietario del club, que lanzó un gemido, retrocedió un paso… y luego saltó por el aire al recibir el fenomenal directo en la barbilla. Pasó por encima de la mesa, arrastrándolo todo, cayó sobre el sillón en el que había estado sentado Spencer, lo volcó y quedó tendido en el suelo, cara al techo, sin emitir ni siquiera un gemido, con lo que habría acompañado al infortunado Baruch, que todavía se revolcaba por el suelo,

sujetándose el vientre.

Spencer se colocó bien la chaqueta, se estiró los blancos puños de la camisa y miró a su compañero, impávido.

—Sí, gracias, Rom. ¿Quieres ordenar un poco todo esto?

—Oh, sí, con gusto.

Rom Forbes se dedicó a colocar bien el sillón y los objetos que habían sido tirados al suelo al pasar Hancock sobre la mesa, en aterrizaje espectacular. Mientras tanto, Spencer fue sacando monedas de la caja fuerte y colocándolas en una bolsa de papel. Finalmente, tras hojear una libreta de tapas rojas, lanzó un silbidito, y la unió a las monedas. Cerró la caja, se volvió y se quedó mirando a Baruch, que estaba sentado en el suelo, silencioso, sombrío.

—Dele a beber algo a Hancock, para que despierte —dijo el «G-man»
—. Por cuenta de la casa, naturalmente.

Baruch fue a la mesita donde se veían varias botellas y vasos, y sirvió un poco de *whisky* a Hancock. Se lo hizo beber, y Hancock comenzó a gemir, agitándose. A una seña de Spencer, Baruch puso en pie a Hancock, al cual tendió su chaqueta Spencer.

—Está feo ir por ahí en mangas de camisa, «señor» Hancock.

Torpemente, éste se puso su chaqueta, y se quedó mirando al «G-man»,
que lo contemplaba críticamente. De pronto, alisó la chaqueta de Hancock, se la ajustó en los hombros con un toquecito airoso y sonrió aprobativamente. Por último, se quitó la flor del ojal, y se la puso a Baruch, dándole uno de aquellos toquecitos simpáticos.

—Obsequio del F. B. I… —sonrió—. Como ve, hacemos las cosas con elegancia, «señor» Hancock. En marcha…, «caballeros».

Capítulo III

Eran casi las diez de la mañana cuando el inspector Gordon se frotó las manos, tras cerrar el abultado expediente. Miró a sus hombres, sonrió de lado, y dijo:

—«Okay», muchachos. Es todo. Ha sido un excelente trabajo. Felicidades a todos. Tenéis todo el día libre.

—Qué generoso —refunfuñó un
«G-man»
con cara de sueño y barba de cuarenta y ocho horas, como todos.

Hubo alguna risita, y los agentes comenzaron a desfilar. Todos, menos uno, que se quedó plantado en el centro del despacho, con un cigarrillo apagado en los labios.

—¿Algo especial, Spencer? —Alzó las cejas Gordon.

—El número de teléfono, señor.

—¿Qué núm…? ¡Ah, sí! Hombre, te lo voy a anotar y todo, para que no te equivoques. Y no sólo el número, sino la dirección… Te lo has ganado —escribió durante unos segundos en una hoja de bloc, la arrancó y la tendió al
«G-man»
—. Que tengas suerte.

Spencer tomó la hoja de bloc, sonriendo anchamente. ¡Aquél sí era un gran jefe, sí, señor! Echó un vistazo al papel, y, de pronto, su ceño se frunció en un gesto de perplejidad.

—¿Es doctora, o enfermera, quizá…?

—No, no. Es azafata.

—Ah… Vaya, me gusta eso. Bueno… Esto… Veo que ha puesto usted la dirección del Saint Margherite Hospital…

—Ella está allí. Tuvimos que llevarla, compréndelo.

—¿Llevarla? ¿Qué tengo que comprender?

—Bueno, vino una ambulancia a recogerla, claro.

—¿Una ambulancia? ¿Qué le pasó?

—La atropelló un auto.

—¡Vaya por Dios…! ¿Fue grave?

—Una pierna rota, poco más arriba del tobillo.

La derecha. Y, claro, contusiones de las llamadas de pronóstico leve.

—Pobre angelito mío —sonrió Spencer—. Iré a verla, le llevaré flores y bombones, y cuando salga del hospital la llevaré a su casa. Luego, cuando esté bien, iremos a bailar y a nadar.

—Magníficos planes —aceptó Gordon—. Aunque lo de bailar y nadar tendrá que ser dentro de siete u ocho semanas, por lo menos.

—Soy hombre de gran paciencia. ¿Cómo ocurrió?

—¿El accidente? Bien… Ella estaba cruzando la calle, y el auto se le echó encima. Mark dice que fue intencionado.

—¿Intencionado? —Parpadeó Spencer—. ¿De qué habla usted? No entiendo nada, señor.

—Ella estuvo charlando conmigo. Luego se fue, y casi en seguida me di cuenta de que había olvidado su bolso. Llamé a Mark, le dije que alcanzase a la señorita Mc Vay y se lo devolviera. Mark salió de aquí como un rayo, y apenas salir a la calle la vio. Fue hacia ella, y en aquel momento el semáforo se puso verde para la chica. Ella comenzó a cruzar, y Mark, para evitar perderla, la llamó… En el momento en que la chica se detenía y se volvía, el auto que se lanzaba a toda marcha sin respetar su luz roja, la alcanzó y la derribó… Si Mark no la hubiera llamado, la habría atrapado de lleno, la habría… hecho papilla.

—Vaya… —Spencer se pasó la lengua por los labios—. Espero que el conductor sea castigado de acuerdo a esta brutalidad.

—Naturalmente… Cuando sea encontrado, claro.

—¿Se dio a la fuga?

—Así es.

Spencer se quitó el cigarrillo de los labios, lo tiró a una papelera y se quedó mirando a su jefe con los ojos entornados.

—¿Tenemos la matrícula?

—Desde luego. Mark la anotó: «Tennesse AWO veintinueve-treinta y cuatro».

—¿Qué quería la señorita Mc Vay de usted? ¿O es asunto

privado, señor?

—No. Quería la ayuda del
F. B. I.
Dice que engañaron a su abuelo, y que la están estafando a ella.

—¿Y con ese asunto vino al
F. B. I.?
—Quedó estupefacto Spencer.

—Dice que siempre ha admirado mucho al
F. B. I.

—¡Qué muchacha tan simpática!, ¿verdad, señor? ¡Por todos los demonios! ¿Qué clase de estafa le están haciendo a ese angelito?

—Ochenta mil dólares.

—¿Ella tiene ochenta mil dólares? —Respingó el
«G-man».

—Los tenía su abuelo. Ella tiene una casita en Miami Shores, y vivía allá con su padre y su abuelo. Parece ser que tanto su abuelo como su padre tenían un genio terrible, y siempre se estaban peleando. Por fin, un día el abuelo se enfureció tanto que se marchó de la casa. Se fue gritando, amenazando con no dejarle a su hijo y a su nieta, o sea, a la señorita Mc Vay y a su padre, se entiende, ni un cochino centavo del mucho dinero que tenía. Durante un tiempo no supieron nada de él. Por fin, unos meses más tarde el abuelo escribió a la chica, diciéndole que la quería mucho y que tenía ganas de verla. En la carta iba una acción de diez mil dólares de una sociedad llamada «Financial Business». Estaba a nombre del abuelo de la chica, pero, detrás, éste había escrito, de su puño y lema, que le vendía la acción a la muchacha. Era un regalo, por supuesto, pero, a efectos legales, una venta.

—Entiendo… ¿Qué hizo ella?

—Se fue a ver a su abuelo. Si no había ido antes era porque no sabía dónde estaba. Él se había comprado una cabaña en Los Everglades y vivía allá estupendamente, solo, pescando y cazando. Era un hombre muy fuerte, sano, vigoroso…

—¿Era?

—Mudó. Y poco después, de un ataque al corazón, falleció el padre de la muchacha. Ella quiso solucionar cosas de herencia, papeleos, ya entiendes. Y se encontró con la acción de la «Financial Business» que le había enviado el abuelo. Así que, con esa acción

que, legalmente, su abuelo le había vendido, se fue a ver al director de la tal «Financial Business». El director se llama Norval Waverly, y la recibió muy amablemente, pero en cuanto ella mencionó la acción por diez mil dólares, él le dijo que ella no tenía derecho a nada…

—¡Cómo que no tenía derecho a nada! —exclamó Spencer.

—Bien… Parece que Norval Waverly es un hombre con una… visión especial de los negocios. ¿Sabes qué tanto por ciento de beneficio paga a sus accionistas?

—No sé. El seis o el siete, ¿no?

—El quince.

—¡Demonios! ¡Voy ahora mismo a buscar mis ahorros para llevárselos a ese Waverly!

—No es mala idea. Pero ten bien presente que él te compra tu dinero.

—¿Cómo? —Quedó estupefacto Spencer.

—Te lo compra. Tú vas allá, le cedes todo tu dinero, y él se compromete, mientras vivas, a pagarte un tanto por ciento de beneficios anuales nunca inferior al quince por ciento.

—Pero ¿yo jamás podría disponer ya de mi dinero?

Jamás. Queda depositado para siempre en el fondo negociable de la compañía.

—Bien… Tampoco está mal pensado, realmente. Pagando el quince por ciento, en seis años el tal señor Waverly prácticamente me habría devuelto mi capital aportado a la «Financial Business», ¿no?

—En efecto. Pero piensa que, una vez muerto el titular de las acciones, los familiares no tienen derecho a nada. Ni a intereses ni al capital. Por eso, según parece, Norval Waverly sólo tiene socios de edad avanzada y que no disponen de familiares. Así no hay problemas, como el que tiene ahora con esa chica.

—Pero… ¿eso puede hacerse?

—Bueno… Si tú quieres venderle tu dinero a la «Financial Business», ¿quién puede impedírtelo?

—Vender mi dinero… Asombroso. En fin, que ese Waverly, basándose en cierto estatuto de la sociedad, no está obligado ahora a pagar nada a la señorita Mc Vay.

—No. Pero ella se enteró de que hay una muchacha que sí está

cobrando los intereses del dinero o je su padre invirtió en la «Financial Business». Y en cuanto se enteró fue a ver de nuevo a Norval Waverly, y le dijo que si otra persona estaba cobrando los intereses del capital que dejó su padre a la sociedad al morir, ella también puede cobrar los intereses del capital de su abuelo.

—Parece lógico. ¿Quién es esa otra chica?

—Está casada. Vivían Creviston, se llama, de casada. Vive con su esposo en una casita, en Hialeah. La señorita Mc Vay fue a visitarla, y le explicó lo que ocurría. El marido, el tal Creviston, estaba allí, y le explicó la situación. Ellos están cobrando los intereses porque el padre de su esposa había engañado a Norval Waverly, asegurándole, cuando colocó su dinero en la «Financial Business», que no tenía familiares. Al morir el padre de Vivían Creviston, ésta fue a la «Financial Business», y como el estatuto de venta total de dinero aún no estaba vigente, Norval Waverly se ve obligado a pasarle la renta puntualmente. Pero, escarmentado precisamente por lo sucedido con la señora Creviston, Norval Waverly perfeccionó sus contratos con los socios, y éstos ya no pueden engañarle: tengan o no tengan familiares, éstos no tienen derecho a los intereses ni al capital, ya que éste es siempre comprado por la «Financial Business», cuyo compromiso con el accionista termina cuando éste fallece. Por eso pueden pagar el quince por ciento de beneficios anuales.

—Te compro tu dinero —musitó Spencer—. Curioso. Muy curioso todo esto, señor. ¿Es legal, de verdad?

—Es un compromiso formal, Spencer. Supongamos que tú tienes un campo de trigo, pero que, o eres ya viejo y no puedes trabajarlo, o eres perezoso, o no sabes cómo trabajar ese campo de trigo… Entonces, llega otro hombre que te dice que, si le regalas el campo de trigo, él se compromete, por escrito, formalmente y legalmente, a proporcionarte pan mientras vivas. ¿Qué te parecería?

—Bien… No sé —el
«G-man»
se rascó la nuca, pensativo—. Lo mismo puede suceder con el dinero, claro. Si hay personas que no saben cómo manejarlo o cuidarlo, y otro se ofrece a hacerlo, pagándoles unos estupendos intereses, no veo por qué no han de aceptar. Y más si están solos en la vida, señor. Venden su dinero, pero se aseguran de que jamás

tendrán contratiempo económico. Pase lo que pase, ellos cobrarán sus beneficios anuales, y… ¡a vivir tranquilamente!

—Ésa es exactamente la situación. Y puesto que Norval Waverly, escarmentado por el pago anual que tiene que hacer a los Creviston arregló muy bien el estatuto de compra dinero, parece que la señorita Mc Vay no puede hacer nada.

—¿Ni nosotros tampoco?

Gordon se quedó mirando fijamente a su agente.

—No es asunto nuestro, Spencer —murmuró.

—¿Qué le aconsejó usted a la señorita Mc Vay?

—Le dije que recurriese, en principio, a un buen abogado, si realmente cree que vale la pena. Y que, en todo caso, la Policía podría solucionarle este asunto, si había lugar a intervención policial de cualquier clase. El
F. B. I.
no tiene nada que ver en esto. No es asunto federal.

—¿Está seguro, señor?

—¿Tú no? —sonrió astutamente el inspector Gordon.

—Pues… Veamos si lo he entendido bien. Según Mark, el coche que atropelló a la señorita Mc Vay, lo hizo a propósito, como parece demostrar el hecho de que se pasase una luz roja para poder lanzarse contra ella. ¿Correcto?

—Sí.

—Bien. Tenemos, por otra parte, a un caballero llamado Norval Waverly, director de una «Financial Business» que se está negando a pagar a la señorita Mc Vay los intereses de una acción de la sociedad que, a efectos legales, ella le compró a su abuelo. Y se niega, porque los estatutos de la sociedad dicen bien claramente que tal sociedad compra el dinero, y que, muerto el inicial accionista, nadie más tiene derecho a reclamar ni siquiera los intereses… Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿y si hay alguna cláusula por medio de la cual la señorita Mc Vay pueda reclamar su dinero a la «Financial Business»? En tal caso, podríamos sospechar que el señor Norval Waverly ha decidido que la chica tenga… un accidente.

—¿Por mil quinientos dólares al año? —sonrió Gordon.

—Sí… Es verdad… Una acción de diez mil dólares sólo le daría derecho a la señorita Mc Vay a mil quinientos dólares anuales de

intereses… Poca cosa, ¿verdad?

—Al menos, insuficiente para cargar con un asesinato, creo yo.

—Sí, claro… Sin embargo, ese coche se lanzó contra la chica a propósito… ¿Por qué?

—Quizá Mark se equivocó —musitó Gordon.

—No… No lo creo. Usted no escogió a Mark para ayudante porque sea tonto, ¿verdad?, sino por todo lo contrario. Si él dice que el auto se lanzó contra la chica, yo lo creo. Otro detalle: ¿por qué se dio a la fuga?

—No sé. En todo caso, la Policía se encargará de él.

—¿Y por qué no nosotros?

—Porque no nos compete. No es asunto federal.

—Maldita sea… ¡Un momento! ¿Dice usted que la matrícula de ese coche era de Tennessee, señor?

—Sí.

—Demonios, demonios… ¿Y si el auto fuera robado, señor? ¿No cree posible que el auto lo robasen en Tennessee, y ahora esté en Florida, con el ladrón al volante?

—Podría ser… —sonrió ampliamente Gordon—. En cuyo caso sería asunto nuestro, puesto que pasar una frontera estatal, o varias, con un auto robado, es delito federal. Pero no tenemos el menor indicio de que ese coche haya sido robado, Spencer.

—Bueno… Indicios, no, pero… ¿y sospechas? Yo sospecho que ese coche fue robado. ¿Usted no, señor?

Se quedaron mirando fijamente, con una maliciosa expresión en los ojos. Por fin, Gordon suspiró, resignado.

—De acuerdo, Spencer. Sospechamos que el auto fue robado. ¿Te quieres encargar del asunto?

El
«G-man»
se lanzó hacia la puerta.

—¡Gracias, señor! ¡Le tendré al corriente!

—Cuidado, ¿estamos? Nada de importunar a Waverly sin una sólida base. Imagino que no vas a ir a esa «Financial Business» para acusarlo de intento de asesinato con auto robado… Elegancia, Spencer, elegancia… Y otra cosa: ¿por qué te interesa tanto este asunto?

—Señor —el

«G-man»
puso los ojos en blanco—, se lo juro: ¡estoy enamorado!

CAPÍTULO IV

Además de la pierna derecha enyesada, Mary Ann Mc Vay tenía vendada la mano izquierda y casi todo el antebrazo; y en su rostro se veían un par de enormes hematomas, aparte de la tira de tafetán que cubría un rasguño de más consideración, hacia la barbilla. Y a pesar de todo esto, y de su gesto un poco asombrado, estaba hermosísima. Ni siquiera la palidez la afeaba. Por el contrario, hacía destacar más las pecas sobre su graciosa naricilla, lo cual resultaba terriblemente juvenil y delicioso.

Tenía la gran caja de bombones sobre su vientre, y con la mano derecha sostenía el ramo de flores. Pero toda su atención estaba centrada en aquel simpático, apuesto, atlético y atractivo visitante, que le sonreía con toda su bocaza.

—Es usted muy amable, señor…

—Spencer Griffin. Soy agente del

F. B. I.,

señorita Mc Vay.

—Sí… Lo sé. Le vi cuando usted salía del despacho del inspector Gordon, y ya supuse que usted era del

F. B. I.

—Estuve a verla esta mañana, pero acababan de enyesarle la pierna y estaba usted todavía bajo los efectos de la anestesia. Me dijeron que podía volver a eso de las siete de la tarde, y… aquí estoy.

—Le… le agradezco mucho las flores y los bombones, señor Griffin. Pero no debió molestarse. Realmente, no comprendo por qué lo ha hecho usted.

—Es un obsequio del

F. B. I.

—sonrió Spencer.

—Oh… Bueno, a decir verdad, el
F. B. I.
no fue muy amable conmigo ayer por la tarde.

—Ya sé todo eso. Pero debe usted disculpar al inspector Gordon. En primer lugar, su caso no encaja en nuestras… actividades. Y en segundo lugar, teníamos un asunto muy importante para anoche. Si no hubiera sido por esto, a usted no la habría atropellado el auto.

—¿Por qué no?

—Porque yo la habría acompañado…, si usted me lo hubiese permitido, claro. ¿Me lo habría permitido, señorita Mc Vay?

—Oh, pues… Bien, ¿por qué no? Usted parece un caballero correcto y amable, señor Griffin.

—Dígame —el
«G-man»
se inclinó confidencialmente hacia la muchacha, apoyando una mano en la cama—: ¿y simpático? ¿No le resulto un poco simpático?

Mary Ann Mc Vay quedó atónita unos segundos. Por fin, sonrió de tal modo que un millar de campanas comenzaron a resonar dentro de la cabeza de Spencer.

—También, señor Griffin. También me parece usted simpático.

—¡Hurra! En ese caso…, ¿me permitirá que la visite mañana otra vez? Y pasado, y el otro… Le traerá más flores. Bombones no, porque engordan. Aunque a usted eso no debe preocuparla. Primero, porque no creo que los bombones consigan hacerle perder su fantástica figura. Segundo, porque aunque fuese gordita sería igualmente preciosa. ¿No está de acuerdo?

—Es muy gentil —musitó la muchacha—. Me aturde usted.

—¿Podré venir mañana otra vez? ¿Me lo permite?

—Mañana no estaré aquí, señor Griffin. Vuelvo a casa esta misma tarde. En realidad, debería estar vistiéndome ya, para marchar a casa.

—Ah… ¡Espléndido! ¡La llevaré en mi auto!

—Había pedido una ambulancia… Por el momento, no debo apoyar el pie en el suelo.

—No se preocupe por eso. Yo digo que la llevo, y la llevo… Bueno, si usted no se opone, se entiende.

Mary Ann parpadeó Miró las flores, las olió, miró de nuevo al «G-man»
y movió negativamente la cabeza.

—No, señor Griffin, no me opongo.

Media hora más tarde, tras haber sido llevada en una silla de ruedas al estacionamiento del Saint Margherite Hospital, Mary Ann Mc Vay fue depositada en el asiento delantero del coche de Spencer por éste, que la sostuvo cuidadosamente en sus brazos. Y poco después el auto salía del hospital.

—¿Dónde vive usted, señorita Mc Vay?

—En Miami Shores… En el cuarenta de North East Trece Avenue.

—Bien. Caramba…, eso da al mar, ¿no es así?

—Sí.

—Qué bien. ¡Con lo que a mí me gusta el mar…! A usted, por lo que sé, le gusta más el aire.

—¿Lo dice porque soy azafata?

—En parte Y en parte porque usted es tan angelical que debe saber volar. Dígame, ¿dónde tiene las alas?

—¿Las qué? —exclamó Mary Ann.

—Las alas… Eso que se mueve y sirve para volar. Estoy pensando que usted no necesitaba un vehículo para trasladarse a su domicilio. Podía haberlo hecho volando. En serio, ¿dónde las esconde?

—Le aseguro que no tengo alas —sonrió la muchacha.

—Mentira evidente. Tendré que someterla a un severo interrogatorio, señorita Mc Vay. Aunque, bien pensado, es mejor mi primera idea: invitarla a nadar, con la obligación por parte de usted de aparecer en «bikini»… No creo que con un «bikini» pueda ocultar sus finísimas alas. Ah, también tengo intenciones de invitarla a bailar, y cosas así. ¿Acepta?

Mary Ann se echó a reír.

—Tendremos que esperar más de un mes para eso, señor Griffin.

—Pues esperaremos. Dígame una cosa: ¿vio usted al hombre o mujer que conducía el coche que la atropelló?

—No… El ayudante del inspector Gordon me llamó, me volví hacia él… No pude ver nada. Pero, por lo que oí antes de desmayarme, era un hombre. Oí que la gente decía cosas

desagradables de él.

—Es lástima… Naturalmente, Mark, mi compañero, se ocupó de usted, y ahora no sabemos a quién preguntar cómo era el conductor. Sin embargo, tenemos la matrícula del coche. Y durante el día de hoy, mientras esperaba la hora de visitarla, me he ocupado de localizarlo. La matrícula del coche es «AWO veintinueve-treinta y cuatro», de Tennessee, y pertenece a un hombre que vive en Nashville, llamado Gerald Sanders. ¿Lo conoce usted?

—¿A Gerald Sanders? No.

—¿Seguro?

—Seguro. Tengo muy buena memoria.

—Qué bien…

—Señor Griffin, ¿se está ocupando el

F. B. I.

de este asunto? Porque debo decirle que a mí aún me parece menos adecuado para ustedes que una estafa…

—No se precipite. Nos hemos propuesto sospechar que ese coche fue robado en Tennessee, de modo que, para llegar a Miami, ha tenido que cruzar las fronteras estatales de Alabama, o Georgia, o Carolina. Y, naturalmente, la de Florida. Y pasar fronteras estatales con autos robados sí es delito federal, señorita Mc Vay. Por tanto, y teniendo en cuenta las circunstancias actuales, el

F. B. I.

tiene que ocuparse de su asunto. ¿Me comprende usted?

—Sí. Pero…, ¿por qué han de sospechar que ese auto fue robado?

—Porque si no lo sospechásemos, yo no podría ayudarla a usted oficialmente. Y aunque estaría dispuesto a hacerlo de un modo particular, me resultaría difícil, pues debería atender mis trabajos habituales en la Delegación.

—¿Según eso…, debo entender que usted se ha propuesto… arreglar las cosas de modo que el

F. B. I.

me ayude?

—En efecto. El conductor del coche se dio a la fuga. Por consiguiente, hay que pensar que tenía unos motivos especiales. ¿Por qué uno de esos motivos no puede ser que el auto fuera robado?

—Sí, entiendo… ¿No le han preguntado al señor Gerald Sanders, de Nashville, si le han robado su coche?

—Nuestros compañeros de allá se interesaron por el señor Gerald Sanders, pero nadie sabe dónde está. Es viajante.

—Nosotros podemos decir con seguridad que está en Miami, ¿no, señor Griffin?

—Es posible. Y es posible que no. Quizá alguien le robó el coche en Nashville, o en otro lugar, y se lo ha traído a Miami. Mientras solucionamos esa incógnita, nos ocuparemos del asunto de usted, que quizá aporte alguna pista sobre el supuesto robo de un coche en otro Estado.

—Les agradezco mucho…

—Bah, bah, bah… En realidad, hoy día el
F. B. I.
tiene una gran variedad de cometidos, una gama cada vez más amplia. Y, si he de serle sincero, ese asunto de la compra de dinero me tiene intrigado, y muy interesado. A primera vista, parece una ganga para el accionista… Pero quizá sea una estafa, en la que intervenga fraude al Estado… ¿Usted me comprende?

—Desde luego. Se las piensa usted todas, señor Griffin.

—Bueno… Eso es algo que tiene que aprender muy pronto un agente del
F. B. I.
¿Y sabe por qué? Porque los sinvergüenzas son cada día más listos, más astutos… Hay que adaptarse a ellos. Si usted quiere encontrar a alguien que sepa mil triquiñuelas legales y que, llegado el caso, pudiera ser un perfecto bandido, sólo tiene que buscar a un agente del
F. B. I.
Nos obligan a aprender mil trucos. Algunos, Incluso graciosos. Desde la estafa de unos cuantos dólares hasta el más organizado y perfecto asalto a un Banco. ¿Es usted ambiciosa?

—¿De dinero?

—A eso me refiero.

—Pues no.

—Menos mal —suspiró el
«G-man»
—. No me habría gustado tener que asaltar un Banco para satisfacer

sus caprichos.

Mary Ann estuvo un par de segundos con la boca abierta. De pronto, se echó a reír, y Spencer la Imitó, mirándola de reojo, pensando que la vida era alegre y muy amable con él.

—Dice que no es usted ambiciosa «de dinero», señorita Mc Vay. Bien, ¿hay algo más que pueda ambicionarse? ¿Qué ambiciona usted?

—¿Yo? Días de sol, de flores, de paz y de felicidad…

—¡Atiza! ¡Pues no pide usted poco…! Olga —se alarmó—, no me va a resultar que usted es una «*hippy*», ¿eh?

—No… —volvió a reír Mary Ann—. ¡No soy una «*hippy*»!

—Menos mal. Recuerdo un caso de una chica «*hippy*» que…

Veinte minutos más tarde, el coche se detenía delante de la casa de Mary Ann Mc Vay. Había un bonito césped y unos cuantos sauces. La casa era bonita, espaciosa. Más allá se veía el brillo de la luna sobre el mar… Y en un par de ventanas de la casa se veía luz.

—¿No decía que vive usted sola? —musitó Spencer.

—Sí. Oh, debe ser la señora Warden… La avisé que llegaría, y es una vecina tan amable que debe estar esperándome para ayudarme en lo que pueda.

—Un hurra por la señora Warden. Bueno, vamos a hacer ese ensayo… ¿Preparada?

—¿Qué ensayo?

—El de entrarla en brazos en la casa. Ya conoce la costumbre, supongo: entrar a la novia en brazos. Cuando llegue el momento, nos saldrá bien, porque lo habremos ensayado…, si usted me lo permite.

Mary Ann se quedó mirándolo fijamente unos segundos. Por fin, bajó los párpados.

—Se lo permito —musitó.

Spencer salió del coche, justo en el momento en que se abría la puerta de la casa y una mujer quedaba recortada en el porche. El «G-man»
pasó al otro lado del auto y sacó en brazos a Mary Ann. Al volverse, miró sonriente a la mujer que llegaba a toda prisa.

—Buenas noches, señora Warden —saludó—. ¿Ha traído el arroz?

—¿Cómo? —exclamó la dama—. No comprendo… Mary Ann,

¿cómo está? ¿Todo va bien?

—Todo va bien, señora Warden —sonrió la muchacha, abrazada al cuello del agente del
F. B. I.
—. El señor Griffin es un amable caballero con un gran sentido del humor, ¿no está de acuerdo?

—Pero observo que la señora Warden no ha traído el arroz nupcial —sonrió Spencer—. Y eso me decepciona. En fin, como solo es un ensayo…

Mistress Warden comprendió, por fin, y se echó a reír. Se adelantó al
«G-man»,
que caminaba ya hacia la casa, y abrió más la puerta. Spencer entró en la casa, mirando a todos lados con aprobación, y dijo:

—Hogar, dulce hogar… ¿Dónde está el dormitorio? Quiero decir que… Oh, vamos, que supongo que debo dejarla en su cama, señorita Mc Vay.

—Por aquí —rió la señora Warden.

Pasaron por delante de un bonito «*living*», y entraron en el dormitorio de Mary Ann, a la cual dejó Spencer sentada en el borde del lecho.

—Tengo que estar una semana sin apoyar el pie en el suelo —dijo la muchacha—, de modo que será mejor que me acueste, por hoy. Mañana me las arreglaré para desplazarme a saltos per la casa.

—Le compraré un bastoncito —dijo Spencer—. Será más cómodo.

—Sí… Buena idea. Gracias, señor Griffin.

Se quedaron los tres sin saber qué decir. Por fin, *Mistress* Warden aclaró la situación:

—Voy a ayudar a Mary Ann a desvestirse, señor Griffin, para ponerse su ropa de dormir.

—Ah. Bueno, si puedo ser útil en… Ejem… No, no… Entiende. Bueno, iré a fumar un cigarrillo al «*living*». Hasta ahora.

La señora Warden le avisó diez minutos más tarde, y cuando el
«G-man»
entró de nuevo en el dormitorio, quedó como clavado en el suelo al ver a Mary Ann. Ella estaba sentada en la cama, apoyada en un par de almohadas y cubierta con la ropa de cama hasta la cintura. Por

lo demás, llevaba un «*baby*-doll» de color azul celeste que dejó sin remello a Spencer. La muchacha se dio cuenta de la impresión que causaba, y subió la sábana casi hasta los hombros, lentamente.

—Le… le agradezco mucho las molestias que se ha tomado, señor Griffin —musitó ella—. La señora Warden se ocupará de mí ahora, hasta las diez o diez y media.

—Si necesitase algo durante la noche…

—No, no… Bueno, la llamaría a ella. Tengo teléfono en la mesita, ¿ve? De todos modos, espero no tener que molestarla a ella ni a nadie hasta mañana. Sólo se trata de dormir, señor Griffin.

—Sí, claro… Bien, me iré ahora mismo. ¿Puede decirme la dirección exacta de los Creviston?

—¿Va a ir a verlos?

—Sí. Ellos están cobrando una renta fruto del capital que el padre de la señora Creviston colocó en la «Financial Business», de modo que será conveniente estudiar el asunto con detenimiento. ¿Cuál es la dirección?

—El dos mil ochocientos veintitrés de la East Cuarenta y Siete Street, en Hialeah.

—Bien. Muchas gracias, señorita Mc Vay…

—¿Me da las gracias usted a mí? —exclamó la muchacha—. ¡Oh, vamos, señor Griffin! Soy yo quien no sabe cómo agradecerle todas sus atenciones, sus flores… ¿Por qué lo hace? Tantas atenciones… No creo que eso sea corriente.

Spencer se acercó al lecho y se quedó mirando aquellos sensacionales ojos femeninos.

—¿De verdad quiere saber por qué lo hago?

—Pues… sí, claro. De verdad. ¿Por qué?

—Porque estoy enamorado.

—¿De… de quién…?

—De su canario —refunfuñó el
«G-man»
—. Hasta mañana, señorita Mc Vay.

Y salió del dormitorio, todavía refunfuñando sobre las inteligentes preguntas que a veces hacen las mujeres. ¡Como si no se viera bien claro de quién estaba él enamorado…!

CAPÍTULO V

Detuvo el coche delante de la casa de los Creviston, pero pegado al bordillo de la acera de enfrente. Cruzó la calle, llamó a la puerta de rejas, y, mientras esperaba, echó un vistazo a la casa, que se veía al fondo. Buena casa. No cabía dudarse de que los Creviston vivían estupendamente. Incluso, si no se equivocaba, estaba viendo brillar las aguas de una piscina, a su derecha…

La puerta de la casa se abrió y apareció una mujer. Joven, desde luego, a juzgar por su silueta y la agilidad de sus movimientos. Y muy bonita, según pudo ver cuando ella se detuvo ante él, recibiendo de lado la luz del farolillo de la entrada al jardín. Y elegante… Lo tenía todo, vamos. Incluso, puesta a tener, tenía incluso una expresión preocupada en su bello rostro, preocupada, alterada…, y hasta sobresaltada, pensó el
«G-man».

—¿Qué desea? —murmuró la mujer.

—¿Señora Creviston?

—Sí…

El
«G-man»
mostró su placa por entre los barrotes.

—Soy Spencer Griffin, del
F. B. I.
¿Podría concederme unos minutos, señora?

—El F. B. I.… ¿Qué… qué pasa…?

—Nada que deba inquietarla, señora. Solamente quisiera conversar con usted unos minutos. Y con su esposo, por supuesto. ¿Está él?

—Sí. Pero es tarde ya, señor Griffin…

—Lo comprendo, señora. Sin embargo, no les molestaré más de cinco minutos. Les agradecería mucho que me recibieran.

—Bueno… Es que son más de la nueve… ¿Qué desea usted?

—Perdone mi insistencia, señora, pero no es asunto para hablar en la calle. Le aseguro —sonrió forzadamente— que mi placa es legítima, y que soy del F. B. I. No deben temer nada de mí, naturalmente.

—Sí, sí… Pero a estas horas… Nos acostamos pronto…

—Serán sólo unos minutos, se lo aseguro.

—Es que…

—¡Vivían! —tronó una voz en el porche de la casa—. ¿Quién es y qué quiere a estas horas? ¡Acaba de una vez! ¡Que se marche!

Spencer miraba vivamente hacia la casa. En el porche estaba el hombre que escandalizaba con sus gritos la tranquila calle. A juzgar por la pesadez de sus movimientos y el tono de su voz, podía calcularse sin temor a equivocarse mucho, que le gustaba el *whisky*… O quizá la cerveza. O ambas cosas. O todo lo que pudiera beberse. Cuando miró a la mujer de nuevo, la vio pálida, mirando cohibida a su alrededor. Por fin lo volvió a mirar a él y abrió la puerta de rejas.

—Pase… Hablaremos en la casa, sí…

—Gracias.

Entró en el jardín, convencido de que la señora Creviston se había decidido a recibir la visita antes que permitir que el hombre del porche continuara con sus gritos. Cuando Spencer se detuvo ante él, recibió la furiosa mirada del hombre.

—¿Quién es usted? —farfulló—. ¿Qué quiere? Vivían, ¿quién es este hombre?

El «G-man» volvió a exhibir su placa.

—Spencer Griffin, del F. B. I., señor Creviston. Le agradecería mucho unos minutos de su tiempo.

Aún no había terminado de hablar cuando se dio cuenta del cambio que se operó en las facciones de Creviston. En un instante, pareció despejarse completamente. Su rostro quedó tenso, atento, y

su mirada pareció querer atravesar la mente del
«G-man»,
en busca de sus pensamientos. El cambio fue brusco y total, y Spencer comprendió que tenía ante él a un hombre inteligente, de mente rápida, de reacciones fulgurantes. Alto y fuerte, atractivo, viril, Creviston debía resultar impresionantemente agradable en su estado normal.

—¿El
F. B. I.?
—musitó—. ¿Qué ocurre?

—Solamente quería pedirle que me asesorase usted respecto a ciertos estatutos de la «Financial Business», señor Creviston. Entiendo que hoy día son muy peculiares.

—Sí… Sí, comprendo. Bien… Pase, por favor.

—Se lo agradezco.

El
«G-man»
se apartó, para dejar paso a Vivían Creviston. El entró en segundo lugar, y por último Elvis Creviston. Fueron los tres al «*living*», y a una seña de Creviston, Spencer se sentó en el sofá, agradeciendo la invitación con media sonrisa. En pie ante él, Creviston lo miraba fijamente, mientras Vivían, sentada, hacía lo posible por no retorcerse demasiado los dedos, fija la mirada en el suelo.

—Usted dirá —murmuró Creviston.

—Espero que recuerdan a la señorita Mc Vay. Ella estuvo a verles para…

—Sí. Recordamos a esa señorita y el motivo de su visita… Ya le dimos a ella todas las explicaciones necesarias, señor Griffin.

—Sí, sí, lo sé. Verá, señor Creviston, el caso es… un tanto insólito, ¿no está de acuerdo? Eso de comprar el dinero de otras personas no es, al menos, algo que se haga cada día. Por supuesto, el
F. B. I.
investigará a fondo la base legal de esto…

—Perderán el tiempo. Todo es legal, se lo garantizo. Soy abogado, señor Griffin, y sé distinguir bien asuntos cuyos estatutos o características están tan claramente expuestos como los de la «Financial Business». Todo es legal y honrado. Sencillamente, esa

señorita Mc Vay no tiene derecho a cobrar nada. Está bien claro en su tipo de acciones de la «Financial Business».

—No lo dudo. ¿Podría ver las acciones de ustedes, señor Creviston? Y el acuerdo que la «Financial Business» hizo con el propietario inicial, naturalmente.

—El propietario inicial fue Walter Stafford, mi suegro. Luego, pasaron a poder de mi esposa. Se las enseñaré.

Fue hacia un cuadro de la pared, y al pasar alargó la mano hacia la botella de *whisky* que se veía en una mesita, pero la retiró rápidamente. Mientras apartaba el cuadro y abría la caja fuerte, Spencer se dedicó a mirar a su alrededor, un tanto molesto por la sombría actitud de Vivían Creviston, de soltera Stafford. Desde luego, aquel matrimonio vivía muy bien. Buenos cuadros, buenos muebles, piscina, casa grande y nueva…

Spencer se puso en pie, tras una mirada a Elvis Creviston, que buscaba entre unos papeles que había sacado de la caja fuerte. El «G-man» se acercó a la repisa donde se veían los pequeños objetos de adorno, fotografías enmarcadas… Elvis Creviston refunfuñaba algo, y el «G-man», cada vez más molesto, estuvo mirando aquellas figurillas de porcelana, los retratos… Había cinco, y en todos aparecía Vivían, acompañada…

—Aquí están —dijo de pronto Creviston.

El agente del F. B. I. se volvió, sonriendo cortésmente. Tenía delante la mesita, y se dispuso a rodearla, con todo cuidado, para evitar golpearla y derribar alguna de las tres tazas de café, la botella de *whisky* o el vaso que… Tres tazas de café. ¿Tres? Las miró de nuevo: pero se apresuró a apartar la mirada, tras convencerse de que, efectivamente, había tres tazas, no dos.

Elvis Creviston le tendía las dos acciones, desplegadas, de modo que se veían los estatutos de la «Financial Business» impresos en el dorso, con letra muy pequeña. Si se ponía a leer aquello, iba a necesitar por lo menos media hora, si quería enterarse bien de todas las cláusulas legales y sus posibles irregularidades.

—¿Le importaría que las fotografiase, señor Creviston? —Volvió

a sonreír con un extremo de la boca—. De lo contrario, temo que los entretendría demasiado.

—Haga lo que guste.

Spencer colocó una de las acciones donde le diera bien la luz, sacó su encendedor-cámara y tiró media docena de fotografías. Si alguna salía borrosa, podría completarse todo reuniendo las partes bien fotografiadas en seis tomas. Se guardó el encendedor, tomó las acciones y les dio la vuelta. Eran por diez mil dólares.

—¿Solamente tienen dos, señor Creviston?

—Sí. Solamente dos.

—Eso significa que usted tiene muy buenos ingresos en su trabajo.

—Hace tiempo que no ejerzo.

—Ah… ¿No trabaja? Bien, en tal caso, sin duda, debe tener una bonita fortuna personal que…

—No me haga reír. Todo lo que tenemos Vivían y yo de valor son esas dos acciones.

Spencer Griffin parpadeó.

—¿De veras? Bueno, según entiendo yo, por este capital aportado, la «Financial Business» les está pagando unos beneficios de tres mil dólares al año, ya que el quince por ciento de veinte mil dólares…

—Estamos cobrando cien mil dólares anuales de la «Financial Business», señor Griffin.

—Mmm… ¿Cómo? Perdón, pero creo que no he entendido…

—Cien mil dólares anuales.

—¿Por un capital de veinte mil dólares? —exclamó Spencer.

—Así es.

—Bueno… Perdone usted si le parezco tonto, pero…

—Está en la cláusula cinco, señor Griffin. Es una cláusula de… incentivo, una atracción más de la «Financial Business». Esta sociedad paga el quince por ciento de beneficio, de modo que, efectivamente, por veinte mil dólares Vivían tendría que estar cobrando tres mil dólares anuales. Sin embargo, como podrá leer en la cláusula cinco, cada poseedor de acciones, si bien no tiene ya nunca derecho a ser reintegrado del capital aportado, tiene derecho al cincuenta por ciento de los beneficios que tendrían que ser pagados a los socios que hayan fallecido. El otro cincuenta por

ciento se lo queda la «Financial Business». Por ejemplo: usted y yo somos socios de la «Financial Business», y yo fallezco. Pues bien: si yo estaba cobrando una renta de diez mil dólares anuales, cinco mil pasan a incrementar el capital de la sociedad; los otros cinco mil se reparten entre los demás socios que estén con vida. O sea, que si por ejemplo había cuatro socios más además de usted, cada uno de ustedes cobraría, además de su renta normal, mil dólares, repartiéndose lo que yo habría cobrado de continuar vivo.

—Entiendo. Caramba, es una generosa gentileza de la sociedad, no cabe duda.

—Así lo entendemos nosotros. Es cierto que la «Financial Business» se queda el cincuenta por ciento de esas rentas de los fallecidos, pero reparte el otro cincuenta por ciento. Sí… Generosidad, ésa es la palabra.

—O sea, que ustedes están cobrando cada año noventa y siete mil dólares que corresponderían a socios diversos; pero, como esos socios han fallecido, igual que el padre de su esposa, están cobrando cien mil dólares al año en números redondos.

—Sí.

—Y la «Financial Business» está cobrando también, cada año, noventa y siete mil dólares, o sea, el cincuenta por ciento.

—Noventa y siete mil dólares, de momento. La cantidad va aumentando a medida que van falleciendo los accionistas que… venden su dinero a la «Financial». Empezamos cobrando solamente cuatro mil quinientos dólares. Hoy, cobramos cien mil.

—Lo cual significa —musitó Spencer— que han ido falleciendo muchos socios, señor Creviston.

—Evidentemente. Uno de ellos, el abuelo de esa señorita Mc Vay que estuvo a visitarnos. Ella quería encontrar un recurso legal para que le devolviesen el dinero de su abuelo, o al, menos, que le pagasen los intereses, pero después de que mi suegro fue tan listo que Vivían no perdió su herencia, la «Financial Business» estableció otra cláusula por medio de la cual, una vez fallecido el accionista inicial, el dinero quedaba propiedad de la sociedad; no podía ser heredado.

—Pero, señor Creviston, la señorita Mc Vay no heredó nada de su abuelo, sino que compró una acción de diez mil dólares.

Elvis Creviston parpadeó, confuso.

—No lo entendí yo así —murmuró.

—Parece que nadie ha entendido bien este punto; de modo que mañana le haré una visita al señor Norval Waverly, para hacer las aclaraciones convenientes. ¿Se habla algo sobre la venta de las acciones, en los estatutos de la sociedad?

—Pues no… Se especifica que sólo el accionista inicial tendrá derecho a los intereses anuales, pero no se… prevé la posibilidad de que esas acciones sean vendidas. Eso daría, actualmente, lugar a gran cantidad de posibilidades legales a la señorita Mc Vay, quizá.

—Entiendo. Han sido ustedes muy amables, de veras… Señor Creviston, ¿podría decirme de cuántos socios vivos consta ahora la «Financial Business»?

Elvis Creviston alzó las cejas un instante, antes de echarse a reír quedamente.

—Supongo que muy pocos, si tenemos en cuenta lo que nos pagan a Vivían y a mí. Y tengo la impresión de que nosotros tampoco vamos a durar mucho.

—¿Por qué dice eso? —entornó los ojos Spencer.

—Bueno… Hemos tenido ya un par de accidentes en poco tiempo…

—Calla, Elvis, por favor —tembló la voz de Vivían.

—¿Por qué he de callar? El señor Griffin se ha dado cuenta ya de que bebo demasiado… ¿No es cierto, señor Griffin?

—Pues… No había reparado en ello —mintió el
«G-man».

—Oh, vamos… ¡Claro que se ha dado cuenta! Bebo demasiado últimamente, así que no es extraño lo que pasa Un día, algo debí hacer mal en los frenos del auto, y por poco nos matamos… Estaríamos muertos ahora si hubiéramos estado en una pendiente, en un sitio peligroso. Otro día, debí dejar el cigarrillo encendido sobre la alfombra, o quizá en el cuarto de baño… Ardió todo el dormitorio. Pudimos salir por la ventana… ¿Y sabe quién tiene la culpa?

—¿Quién, señor Creviston?

—El *whisky* y yo.

—Elvis, te lo suplico… —gimió su esposa.

—¡Déjame en paz! ¡Ya te estaba diciendo antes…!

—Han sido ustedes muy amables —cortó Spencer, que no sentía

interés por las disputas conyugales de los Creviston—. Si en algo puedo servirles, personalmente o profesionalmente, no duden en recurrir a mí.

—Le acompañaré —se puso en pie Vivían.

—Gracias… Ah, una pregunta, señora: ¿de qué falleció su padre?

—Fue… fue un… accidente… de pesca.

—¿Accidente de pesca?

—Se lo explicaré —dijo Elvis Creviston—. Mi suegro era muy aficionado a la pesca, así que, de cuando en cuando, alquilaba una lancha a medias con un amigo, y a veces se iban dos o tres días a pescar. Lo pasaban divinamente. Hasta que un día él y su amigo Sam Dobbins no volvieron. Así de simple.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno… Parece que su lancha se incendió, o algo así, y se fue al fondo del mar. Aunque no demasiado al fondo. Unas semanas más tarde, los restos fueron vistos por los ocupantes de un helicóptero, que avisaron a los Guardacostas. Unos hombres-rana bajaron a…

—¡Calla! —gritó Vivían—. ¡Por Dios, Elvis, cállate ya!

Rompió a llorar y se dejó caer en el sillón. Creviston la estuvo mirando unos segundos, fruncido el ceño. Luego, hizo señas a Spencer, y ambos abandonaron el «*living*», y en seguida la casa, caminando hacia la puerta, de rejas del jardín…

—Unos hombres-rana bajaron a ver qué pasaba en esa lancha. Encontraron un brazo y un pie de Sam Dobbins, el amigo de mi suegro. Eso fue todo.

—¿Tiburones? —Se estremeció el «G-man».

—¡Claro! ¿Qué otra cosa? La lancha tenía un agujero en el casco, por debajo de la línea de flotación, y parecía que había ardido… Incluso se teorizó sobre una posible explosión.

—¿Y el cadáver del señor Stafford?

—Mi infortunado suegro —sonrió acremente Creviston— no fue encontrado. Ni siquiera un pie, o una mano. Apuesto a que estaba más apetitoso que Sam Dobbins. Al menos, eso debieron pensar los tiburones.

Spencer dirigió una rápida y fría mirada al abogado, pero decidió reservarse su opinión sobre él.

—¿Dejó familia el señor Dobbins? —preguntó.

—No. De modo que la «Financial Business» se embolsó no sólo su capital definitivamente, sino el cincuenta por ciento de la renta que hasta entonces le había estado pagando…

—¿El señor Dobbins era también socio de la «Financial Business»?

—Oh, sí… Los dos viejos amigotes eran socios de esa sociedad. Me parece que Dobbins había aportado unos cuarenta mil dólares… O cincuenta mil. Mi suegro hablaba a veces de esto, pero no le hacía demasiado caso. Apuesto —rió— a que él nunca pensó que gracias a sus veinte mil dólares miserables, y a estar casado con su hija, yo iba a llegar a cobrar cien mil dólares anuales.

—No… Seguramente, no lo pensó. Gracias por todo, señor Creviston. Buenas noches.

—Adiós…

Poco después, el
«G-man»
estaba sentado ante el volante de su coche, pensativo, acariciándose la barbilla. Un montón de ideas estaban dando vueltas en su mente. Un montón de estremecedoras ideas… Y, además, no podía dejar de pensar en las tres tazas de café que había visto donde, aparentemente, sólo dos personas compartían la velada. ¿Y la tercera taza? ¿A quién pertenecía?

Estuvo tentado de apostarse cerca de la casa, para esperar por si alguien salía de allí, pero pensó que si alguien había habido con los Creviston, seguramente se había marchado ya, así que lo único que conseguiría sería perder el tiempo…

Por fin, puso en marcha el coche. Iría a ver otra vez a Mary Ann Mc Vay, aunque llegase cuando ella estuviese durmiendo. Pero esta vez, aunque la perspectiva de ver de nuevo a la muchacha le parecía estupenda, no era su inclinación personal hacia ella lo que lo llevaba a visitarla.

CAPÍTULO VI

Detuvo el coche delante de la casa, y vaciló al ver que no había ninguna luz en ella. Miró su reloj. Pasaban cinco minutos de las diez y media. Seguramente, Mary Ann debía estar durmiendo, cansada, muy debilitada por el mal rato que sin duda le había proporcionado la colocación del hueso roto en posición para soldarse, y luego el yeso…

Todavía vaciló durante un par de minutos, pero, finalmente, decidió que no podría esperar toda la noche sin hacerle aquella pregunta a su bellísima pelirroja. Salió del coche, recorrió el sendero bordeado de césped y de sauces, y llegó al porche. Acercó el rostro a la ventana, y estuvo mirando hacia el interior, pero sus esperanzas no se cumplieron: no había luz. La señora Warden debía haberse marchado, de modo que, efectivamente, todo hacía suponer que Mary Ann estaba durmiendo, o, al menos, descansando.

Fruncido el ceño, Spencer estuvo unos segundos calculando los inconvenientes legales de la acción que pensaba emprender: abrir la puerta con su ganzúa del zapato, modalidad de portarla discretamente introducida por Tony Leopard. Sí… Podía hacer eso, y estaba seguro de que Mary Ann no se iba a molestar por ello. Podía parecer un abuso de confianza, pero… Oh, vamos, ella no se molestaría, estaba seguro.

Así que sacó la ganzúa, la introdujo en la cerradura y se inclinó, para oír bien el movimiento del mecanismo de cierre. Durante un par de segundos, inclinado, muy atento, estuvo moviendo la ganzúa, buscando la colocación exacta para… Su nariz se arrugó, de pronto. Y se quedó así, inmóvil, bruscamente pálido, como petrificado. Lanzó una exclamación, se irguió, alzó la pierna derecha y propinó un tremendo zapatazo a la cerradura, con todas

sus fuerzas. La puerta crujió y pareció saltar hacia el interior de la casa.

Inmediatamente, un intenso olor a gas brotó por el hueco tan expeditivamente conseguido. Fue una oleada densa, mareante, que le produjo un brusco zumbido en las sienes.

Sin vacilar, se lanzó hacia el dormitorio, a toda carrera, derribando muebles en la oscuridad. Llegó al dormitorio, dio la luz y se quedó mirando a Mary Ann Mc Vay, que, más que nunca, dormida, con la boquita entreabierta, parecía un angelito sin alas. El olor a gas era de una intensidad aterradora.

El
«G-man»
fue hacia la ventana, la alzó rápidamente y se volvió hacia la cama. ¡Al demonio los convencionalismos! Destapó a la muchacha, la tomó en brazos sin pensar ahora en absoluto en su belleza que el «*baby*-doll» no podía ocultar, y pasó una pierna por el alféizar de la ventana, luego la otra… Saltó al jardín, dio cinco o seis nasos, y cayó de rodillas. La cabeza le daba vueltas y sentía una profunda sensación de náuseas. Consiguió ponerse en pie, siempre con Mary Ann en los brazos, y se alejó unos pasos más, hasta volver a caer de rodillas, y, por fin, de lado, cuidando instintivamente de no lastimar a la bella pelirroja.

Oía voces y exclamaciones… Cuando abrió los ojos, vio ante él, con una escopeta de caza en las manos, a un hombre, en pijama, apuntándolo, mirándolo torvamente.

—¡No se mueva! —ordenó el hombre—. ¡No se mueva o disparo!

—¡Charles! —Oyó más atrás una voz de mujer—. ¡Charles, espera…! ¡Es el señor Griffin, del
F. B. I.!

—El gas… —jadeó Spencer—. ¡El gas, en la casa…!

El hombre no sabía qué hacer. La señora Warden apareció, un poco borrosa, en el campo visual del
«G-man»,
bajando la escopeta de su marido.

—Señora Warden —insistió Spencer—. El gas… ¡Corran a cortar el gas!

—¡Ve a hacerlo! —exclamó la señora Warden, empujando al

hombre de la escopeta. Ella, en camisón de dormir, se arrodilló junto al federal y la muchacha. Estaba muy pálida—. Señor Griffin, ¿qué ha pasado? ¿Está bien?

—No sé… No lo sé. Señora Warden, avise a la Delegación del F. B. I., al inspector Gordon… Que venga en seguida con un médico. Teléfono trescientos setenta y nueve veinticuatro veintiuno… ¡Dese prisa!

CAPÍTULO VII

El doctor Vinter se irguió y movió la cabeza en un gesto entre admirativo y aliviado. Con la ropa de cama cubrió a Mary Ann Mc Vay hasta el cuello, y se volvió hacia Spencer Griffin, que, muy pálido, parecía incapaz de apartar la mirada de aquel rostro graciosamente adornado por algunas pecas, que ahora destacaban más que nunca.

—Afortunadamente, llegó usted a tiempo, Griffin. No hay que preocuparse lo más mínimo.

El
«G-man»
tragó saliva. Luego, suspiró profundamente, y se dejó caer en uno de los silloncitos del dormitorio, escondiendo el rostro entre las manos. No supo cuánto tiempo había pasado cuando notó el peso de una mano en un hombro.

—Spencer —oyó la voz del inspector Gordon.

Alzó la cabeza, miró a su jefe y sonrió crispadamente.

—El doctor se ha marchado ya. Dice que la señorita Mc Vay no tardará en despertar.

—Sí… Está bien…

—Muchacho —la mano de Gordon apretó un poco el hombro—. ¿De verdad la quieres? Creí que era una de tus bromas…

—No es broma, señor. Pero, además de eso… No sé. Estoy haciendo un trabajo, ¿no es así? Y ella es una de las piezas de la partida. Pero, sobre todo…

—Está bien, cálmate. Olvida tu intervención de tipo personal en esto y considera las cosas con la frialdad del profesional. ¿«Okay», Spencer?

—Sí, señor. Tiene usted razón. Vamos a echar un vistazo a…

—Tranquilo. Forbes y Wallis lo están haciendo. Ellos nos dirán si hay algo que merezca la pena de ser tenido en cuenta para una investigación. Habría que cambiar a esta muchacha de dormitorio. Quiero que en éste hagan un meticuloso trabajo los de Huellas.

—Yo llevaré a la señorita Mc Vay…

—Hombre, naturalmente —sonrió Gordon.

Los Warden estaban todavía en el dormitorio, él en pijama y ella en bata; una bata azul celeste, cortita, de cierta transparencia, y respecto a cuya propietaria no cabía la menor duda: Mary Ann Mc Vay. Spencer llevó a la muchacha a otro dormitorio, y la señora Warden preparó la cama. Su marido los seguía como atontado aún, arrastrando la escopeta de caza. De pronto, cuando ya todo había pasado y Mary Ann descansaba a salvo, la señora Warden rompió a llorar, sobresaltando a Spencer y al señor Warden, que respingaron.

—¡Pobrecita! ¡Podría estar muerta ahora si no…!

—Señora Warden, por favor. —Spencer le pasó un brazo por los hombros, con un espontáneo gesto de afecto—, ya ha pasado. Vamos, vamos, no llore, se lo ruego.

El Inspector Gordon entró en el dormitorio que ahora ocupaba la dueña de la casa.

—No hay nada, Spencer, a excepción de unas huellas de pies en la parte de atrás del jardín. Veremos si se encuentran huellas, pero lo dudo.

—¿Entraron por la puerta de atrás? —Se Interesó Spencer, dejando a la desconsolada señora Warden en manos de su marido.

—Así es.

—¿Un profesional, señor?

—Qué va… Wallis dice que es un trabajo pésimo. Veremos si se pueden conseguir unos moldes de esas pisadas, porque me temo que será lo único que tendremos. Ah, he llamado a la Policía, y enviarán a una agente a pasar aquí la noche. Armada, naturalmente. Esto se está poniendo serlo… Ya es la segunda vez que Intentan asesinar a la señorita Mc Vay. Porque, en efecto, tenías razón: la llave del gas estaba completamente abierta…

—La cerré —gimió Warden—. Preparé café, es cierto, ¡pero les juro que la cerré! Me aseguré muy bien de que…

—Señora Warden —cortó amablemente Spencer—. ¿Acaso está pensando que la acusamos de eso?

—Yo… yo cerré la espita, lo sé, lo recuerdo bien…

—¿Cómo han podido encontrar abierta la llave del gas, si yo la cerré antes? —murmuró el señor Warden.

—Usted cerró la llave de paso de gas a la casa, señor Warden —aclaró amablemente Gordon—. Pero la de la cocina continúa abierta. Es decir, lo estaba. Yo la he cerrado ya.

—Sí… Sí, entiendo…

—Creo que será mejor que vuelvan a su casa —aconsejó Spencer—. Y no se preocupen, todo está bien ahora. Oh, sólo una cosa, señora Warden, ¿a qué hora se marchó usted de aquí?

—No sé… Las diez y cuarto, quizá…

—Sí —dijo su marido—, porque llegó a casa a esa hora. Y vivimos en la casa de al lado.

—Entiendo. Bien… Buenas noches. Y gracias por todo a los dos.

Los Warden regresaron a su casa. Quince minutos más tarde llegó una rubia sensacional, de grandes ojos color malva, que sonreía como quien no está dispuesta a dejarse sorprender por nada. Se presentó como la sargento Nora Travis. Mostró su revólver y un pijama precioso, y aseguró que aquella casa le parecía excelente para pasar la noche. Respecto a que alguien pudiera intentar algo más contra la señorita Mc Vay, la sargento Travis opinó que sería un mal negocio para el intruso. Era la mujer-policía que mejor disparaba con revólver en todo el Police Department…

Hacia las doce, Mary Ann Mc Vay abrió los ojos, estuvo casi un minuto con la mirada fija en el techo, y, por fin, los volvió hacia un lado. Una gran bocaza simpática se onduló en una sonrisa, como algo que se agigantaba ante sus ojos.

—Hola —oyó.

—Señor Griffin… Oh, me duele la pierna…

—Es que soy un poco torpe. Temo que la dejé caer al suelo.

—¿Al… al…? ¿Dónde estoy? Este dormitorio…

—También es de usted. Aunque, francamente, me gusta más el otro: cabe perfectamente una cama doble. O dos gemelas. ¿Usted qué prefiere?

—¿Qué… qué pasa…?

—Ahora, nada.

—Me duele la cabeza, tengo… tengo el pecho como… oprimido…

—La culpa es de su camisita de dormir. Le viene un poco… ajustada. Y no me extraña.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha pasado?

—Nada importante. Sólo vine a hacerle una pregunta: ¿de qué falleció su abuelo?

—¿Mi… mi abuelo?

—Exactamente. ¿De qué murió? ¿Cómo murió?

—Bueno, él… él comía mucho para su edad… Le gustaban las comidas fuertes: enchiladas, salsas con tabasco… Cosas así. Me dijeron que había muerto de… de una intoxicación por exceso de alimentos en mal estado. Él vivía solo en una cabaña, pasaba días sin ver a nadie…

—¿Recuerda el nombre del doctor que certificó su muerte?

—Sí… Doctor Rogerson. William Rogerson, de Chokoloskee, al otro lado de la península…

—Sé dónde está Chokoloskee. ¿Su abuelo vivía en ese pueblo?

—Fuera de él, en una cabaña.

—¿Pero fue enterrado en el cementerio de Chokoloskee?

—Sí… Sí, claro, sí…

—Bien. Señorita Mc Vay, ¿tendría inconveniente en firmarme este papel?

—¿Qué es?

—Es una autorización de usted, como único familiar de su abuelo, para que se le practique la autopsia. Ahorraremos mucho tiempo y prácticas legales si firma.

—La autopsia… ¿Ahora? ¿Para qué? Hace ya varios meses que falleció…

—¿No confía en mí, Mary Ann? —susurró Spencer.

La muchacha abrió mucho los ojos, mirándole francamente sorprendida. Inició un movimiento para incorporarse, y Spencer la ayudó en el acto. El papel fue colocado sobre un libro, y Mary Ann lo firmó. Luego, el
«G-man»
volvió a colocarla cuidadosamente en el lecho. Se guardó el papel y señaló a aquella gallarda muchacha rubia que había al otro lado de la cama.

—Ella es la sargento Travis, Mary Ann. Pasará la noche aquí. Hasta mañana.

—Pe-pero, señor Griffin —ella le asió de una mano, de pronto—, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estoy en este dormitorio? ¿Por qué ha vuelto usted?

—Es que… me olvidé de darle el besito de las buenas noches.

—Ah… ¿Y… me lo ha dado ya?

—Pues… no. La verdad es que no me atrevo.

—¡Oh! Me pareció que usted era… más decidido, señor Griffin.

El «G-man» parpadeó. Miró a la sargento Travis, que sonreía divertida, y refunfuñó algo. Se inclinó, besó ligeramente la frente de Mary Ann y masculló:

—Buenas noches.

CAPÍTULO VIII

Mark se puso rápidamente en pie cuando los dos entraron en el antedespacho, y señaló al hombre que esperaba sentado en una silla, fumando, con aspecto muy fatigado. Llevaba indumentaria de marino.

—¿Señor Sanders? —Tendió su diestra Gordon—. Soy el inspector Gordon, y él es uno de mis hombres, Spencer Griffin. Lamento que haya tenido que esperar, pero le aseguro que vine lo más rápido posible en cuanto me llamaron al coche. ¿Quiere pasar a mi despacho, por favor?

El hombre lanzó un suspiro de cansancio.

—Mire, inspector… No quiero parecerle brusco, pero estoy muy cansado. Todo lo malo que, según parece, he hecho, ha sido denunciar el robo de mi coche, que dejé estacionado cerca del Pier Cinco. Y en cuanto menciono la matrícula, todo se desquicia, me traen aquí…

—Sí, le comprendo… Tendrá que perdonarnos, señor Sanders, pero, con su coche, alguien quiso atropellar a una mujer. Es más: lo consiguió en parte. Le rompió una pierna.

—Bueno… Lo lamento de veras, pero, como ya he explicado varias veces, el coche me ha sido robado, de modo que no puedo aceptar ninguna responsabilidad por lo sucedido.

Spencer lo miraba atentamente. Le gustaba el hombre, pero eso no significaba nada. Debía tener unos cuarenta años, era fuerte, agradable, y parecía persona educada, muy correcto.

—Señor Sanders —preguntó de pronto—, ¿puede usted demostrar que no estaba al volante de su coche cuando éste fue utilizado para atropellar a una mujer?

—Pues… supongo que sí. He estado los tres últimos días en el

mar, en una lancha. Pescando, tomando el sol, nadando por varias playas de pequeñas islas, hacia el Sur…

—¿Iba solo?

—No, no. He estado con una mujer…

—¿Con una mujer? ¿Está diciendo que no era su esposa? ¿O no es usted casado, señor Sanders?

Gerald Sanders enrojeció ligeramente.

—Sí, sí… Soy casado. Bien… Yo soy viajante, y paso temporadas fuera de casa… Mire, inspector, todo esto va a resultar muy comprometido para mí…

—Le aseguro que sólo queremos tener la seguridad de que usted no llevaba su coche cuando atropellaron a la señorita Mc Vay… ¿Le dice algo este nombre?

—¿Mc Vay? No… No, seguro. Respecto a esa chica con la que he estado estos tres días…

—Señor Sanders, al F. B. I. no le interesan esos detalles de la vida privada de los contribuyentes. Allá usted y su conciencia. Pero deberá decirnos quién es esa chica y dónde vive. Si podemos comprobar que usted ha estado estos tres días lejos de Miami, puede estar completamente seguro de que no divulgaremos sus pequeñas diversiones. Ahora, aclaremos esto: usted es Gerald Sanders, vive en Nashville, Tennessee, es viajante de profesión, y denuncia formalmente el robo de su auto, matrícula Tennessee «AWO veintinueve-treinta y cuatro», que dejó hace tres días estacionado cerca de Pier Cinco. ¿Ésta es su declaración definitiva?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Quién es la chica que estuvo con usted?

—Bueno… No sé dónde vive… Sólo sé que se llama Mattie, y la conocí casualmente en un club nocturno hace cuatro noches. Simpatizamos, la invité a pasar unos días conmigo en una lancha, ella aceptó… Alquilé una lancha, y… nos fuimos.

—¿Qué club nocturno es ése?

—Emmm… Sí: el «Starlett». No recuerdo bien dónde está…

—Eso no es problema. Déjenos su dirección en Miami, y puede marcharse, tras firmar la declaración que mi ayudante extenderá ahora mismo.

—¿Puedo marcharme?

—Por supuesto. Pero, señor Sanders, si usted quiere ser más listo que el
F. B. I.
lo pasará mal. ¿Me comprende?

—Sí… Bueno, tengo que permanecer todavía unos días en la ciudad. Alquilaré un auto para hacer mi trabajo…

—Perfecto. De todos modos, le garantizo que encontraremos muy pronto su coche. Buenas noches, señor Sanders. Y gracias por su colaboración… Atiéndelo, Mark, por favor.

Los dos federales se despidieron de Gerald Sanders, y entraron en el despacho del inspector. Aún no se había sentado éste cuando sonó uno de los teléfonos de su mesa…

—¿Sí…?

—Bien.

Colgó, encendió un cigarrillo y se quedó mirando a Spencer, que esperaba pacientemente.

—El helicóptero te está esperando, Spencer —murmuró al fin—. En el Miami International.

—Saldré en seguida hacia Chokoloskee, señor. Mucho me temo que esta noche no seré el único que se quedará sin dormir. Mientras tanto, si le parece bien, podrían revelar mis fotografías y estudiar con detenimiento esos estatutos de la «Financial Business». Respecto a su director, Norval Waverly, convendría no perderlo de vista.

—Nos ocuparemos de eso los de aquí. Como ves, Spencer, te sigo la corriente en tus sospechas… Ya no se trata de ayudar a una linda muchacha solamente, sino de investigar algo que, si aciertas, sería monstruoso. Te estoy diciendo que quiero un trabajo rápido, eficaz y con todas las garantías.

—Demonios, señor… —farfulló Spencer—. Cualquiera diría que usted no sabe cómo trabajo yo. Iré a Chokoloskee, haré mi trabajo tal como usted lo pide, y, además, con elegancia.

—Así lo espero. Buen viaje en helicóptero.

—Estaré de vuelta hacia el mediodía, espero. Adiós.

CAPÍTULO IX

Hacia las tres de la tarde del día siguiente, Spencer Griffin apareció en el despacho de su jefe, barbudo, fatigado…, pero con una clara expresión de triunfo en sus ojos.

—Buenas tardes, señor.

—Ah… Son más de las tres, según mi reloj. Siéntate. ¿Cómo ha ido todo?

—Arsénico.

—¿Cómo?

—Arsénico, señor. Ar-sé-ni-co. Me he ganado el odio furibundo de las autoridades de Chokoloskee y el del doctor William Rogerson, pero hicieron lo que yo pedía. No fue agradable desenterrar al viejo Mc Vay.

—¿Arsénico? ¿Está seguro?

—Eso ha dictaminado la autopsia. O sea, que nada de intoxicación por exceso de alimentos en mal estado. El abuelo de mi dulce Mary Ann fue envenenado, señor.

—Santos Dios… Entonces, ¡toda su teoría puede ser cierta!

—Lamentablemente, tenemos que inclinarnos a favor de esa teoría. Monstruosa, lo sé, pero… ¿Qué hay de ese Norval Waverly?

—Pough lo está vigilando. Puesto que nada dice, es que Waverly está en su despacho de la «Financial Business». Hemos estudiado esos estatutos, y parece ser que la venta no está prevista. Esto significa que la señorita Mc Vay tiene grandes posibilidades de percibir cada año los intereses de su acción de diez mil dólares. No es seguro.

—Arreglaremos eso más adelante. Lo que interesa ahora es ir a charlar con Norval Waverly… Cosa que pienso hacer inmediatamente…

—Tranquilo, muchacho, tranquilo… Ve a darte una ducha caliente, aféitate, ponte camisa limpia y otro traje, toma un par de bocadillos… Pasaré a buscarte a las cuatro y media, a tu apartamento, y de allá nos iremos directamente al despacho de Norval Waverly. Para entonces serán casi las cinco, él estará terminando su trabajo, y podrá atendernos adecuadamente.

—Bueno… No es mala idea. Estoy reventado. ¿Cómo está Mary Ann?

—Si la sargento Travis no ha comunicado, es que todo va estupendamente… ¿No te parece? —sonrió Gordon.

—Voy a recomponer mi fachada. Hasta ahora, señor.

* * *

A las cinco menos veinte, Spencer Griffin salió del edificio donde tenía su apartamento. Y, en efecto, delante estaba esperándolo el inspector Gordon, al volante del coche, haciéndole señas de urgencia. El «G-man» se apresuró a entrar en el coche, y se quedó mirando alarmado a su jefe.

—¿Qué ocurre, señor?

—Pough me ha llamado por la radio. Norval Waverly ha salido de su despacho. Va en auto ahora.

—¿Hacia dónde?

—Parece que hacia Miami Shores.

—¿Hacia…? ¡Allá vive Mary Ann, señor! ¡Déjeme conducir a mí y verá…!

—Tranquilo —frunció el ceño Gordon—. He llamado por la radio a la Delegación, para que Mark llame a la casa de la señorita Mc Vay por teléfono y avise a la sargento Travis de que esté alerta. Nada malo va a pasar, Spencer.

—¡Pero si mi teoría es cierta, ella corre peligro!

—Demonios, cálmate —refunfuñó Gordon—. Además, yo también sé conducir a buena velocidad cuando es necesario.

CAPÍTULO X

El inspector Gordon demostró cumplidamente que sabía conducir a buena velocidad, aunque ello no calmó demasiado a Spencer, que habría apretado más el pedal del gas si hubiera conducido él. Apenas se había detenido el coche delante de la casa de Mary Ann Mc Vay, el
«G-man»
estaba ya fuera, corriendo por el sendero bordeado de césped y sauces. Saltó al porche y empujó la puerta, que había sido ya reparada… Pero estaba abierta.

Desencajado el rostro, notando un nudo en la garganta, el agente del
F. B. I.
sacó su pistola y se precipitó hacia el dormitorio de la muchacha. Lanzó una exclamación de rabia al verlo vacío, y de un salto se colocó en la entrada del otro, al que había sido trasladada la noche anterior… Cuando apareció allí, pistola en mano, lívido el rostro, tres miradas cayeron sobre él, a cuál más sobresaltada. Una de ellas, la de Mary Ann; la otra, la de la sargento Travis; la tercera, la de un hombre grueso, elegante, de cabeza redonda, algo calvo. Rezumaba honradez y vitalidad, como un gran niño recién bañado, hermoso, sano. El hombre estaba sentado en una silla al lado de la cama, pero se puso en pie, en verdad sobresaltado. Era gigantesco, fuerte, apabullante. Su personalidad parecía expandirse con una fuerza inaudita, igual que lo hace un intenso perfume. Era, sencillamente, asombroso. Como sus ojos, oscuros, grandes, inteligentes hasta lo escalofriante.

—Señor Griffin —murmuró Mary Ann—. ¿Qué… qué pasa ahora?

El
«G-man»
se pasó la lengua por los labios; captó la mirada amablemente irónica de la sargento Travis y guardó la pistola, sombrío.

—Su compañero Pough estuvo aquí —sonrió Nora Travis—, y quedamos en que esperaría afuera… ¿No lo ha visto, colega?

Spencer parpadeó. Oyó pasos detrás de él, volvió la cabeza, y vio a Frank Pough y al inspector Gordon, acercándose rápidamente. Pough tenía el ceño fruncido y parecía irritado.

—¿No me has oído, Spencer? —refunfuñó—. Te he llamado…

—Todo está bien aquí —sonrió de nuevo la sargento Travis, de aquel modo que cada vez irritaba más a Spencer—. El señor Waverly es un amable caballero que jamás lleva armas, y está hablando de negocios con la señorita Mc Vay.

Gordon se adelantó escrutando con cierta admiración al gigantesco hombre de negocios.

—Señor Waverly, soy el inspector Gordon, del
F. B. I.
Ellos son mis agentes Pough y Griffin.

—Encantado… ¿Ocurre algo? Tengo la impresión de ser un terrible delincuente, inspector. He sido cacheado, incluso. Espero que se me dé una explicación razonable.

—Lo procuraremos, señor Waverly, se lo aseguro. Precisamente, teníamos intención de visitarle esta tarde, para cambiar impresiones con usted.

—Ah… Bien, bien… De acuerdo. ¿Me permitirán que termine mi conversación con la señorita Mc Vay?

—¿Qué conversación? —Gruñó Spencer.

—Negocios, señor… ¿Griffin, ha dicho? Negocios. Y creo que sólo nos incumben a la señorita Mc Vay y a mí. Si tienen algo que oponer, les ruego que sea algo sensato y comprensible.

—Termine sus negocios, señor Waverly —dijo fríamente Gordon.

—Agradecido. —Norval Waverly volvió a sentarse y miró con gran amabilidad a la muchacha—. Bien, señorita Mc Vay…

—Señor Waverly, no insista —murmuró ella—. Ya le he dicho que no.

—Puedo aumentar la oferta todavía un poco más. Casi resultará ruinoso para mí, pero puedo aumentar hasta…

—Por favor, no insista más. No venderé.

—Bien… Parece que la estoy molestando demasiado. Perdóneme. Deseo que se reponga usted pronto de su contratiempo —volvió a ponerse en pie—. Y si llegara a cambiar de opinión, no vacile en llamarme. Llegaríamos a un acuerdo. ¿Lo recordará?

—Lo recordaré, señor Waverly. Adiós.

—Adiós… Adiós, sargento Travis. Ha sido muy amable.

—Adiós, señor Waverly —sonrió Nora Travis.

El director de la «Financial Business» hizo un simpático gesto con la mano, dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Pough salió antes que él y abandonó la casa, mientras Gordon y Spencer, detrás de Waverly, indicaron a éste el «*living*».

—Podemos hablar aquí, señor Waverly —dijo Gordon.

—Muy bien —entraron los tres en el «*living*». Waverly se sentó en un sillón, encendió con gesto elegante un cigarrillo y miró de uno a otro
«G-man»,
sonriendo de un modo prieto, pero aún amable—. ¿De qué se trata?

—De la «Financial Business» —replicó Spencer—. ¿Qué clase de oferta ha hecho usted a la señorita Mc Vay?

—Una oferta buena y creo que bastante honrada —suspiró Waverly, como quien se carga de paciencia—. Le he ofrecido doscientos mil dólares por su acción de la «Financial Business».

—¿Doscientos mil dólares por una acción que vale diez mil? —exclamó Spencer.

—Efectivamente.

—¡Pero eso es absurdo! —opinó Gordon.

—No tanto, señor —sonrió secamente Griffin—. Si Mary Ann no vende esa acción, y finalmente tiene derecho a los beneficios que ella puede reportarle, ganaría esa cantidad en tres años, ya que los doscientos mil dólares aproximados que ahora se reparten los Creviston y el señor Waverly, tendrían que ser divididos en tres partes. O sea, que comprando esa acción por doscientos mil dólares, el señor Waverly hace un negocio formidable. Si él tiene esa acción, los beneficios de la sociedad tendrán que ser divididos en tres partes. Dos para él y una para los Creviston, que, de los cien mil dólares que cobran al año, pasarían a cobrar sesenta mil y pico, mientras que el señor Waverly cobraría alrededor de los ciento

treinta mil. Y en tres años, la acción de Mary Ann estaría pagada, y el señor Waverly seguiría muchos años cobrando intereses. ¿No es así, señor Waverly?

—Exactamente. Así es, señor Griffin.

—Lo cual significa que usted teme que la señorita Mc Vay consiga hacer valer sus derechos —musitó Gordon—. ¿O no?

—Sí —suspiró Waverly—. Tendré que rehacer de nuevo los estatutos de la sociedad. Ya he tenido dos fracasos… Espero no tener el tercero.

—Quizá ha tenido muchos más de dos fallos —murmuró Spencer.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Waverly.

—Cuidado, Spencer —susurró Gordon—. Mucho cuidado con lo que dices.

—Sí —sonrió Waverly—, será mejor que tenga cuidado. ¿Piensa acusarme de algo, señor Griffin?

—Antes he dicho que usted y los Creviston se reparten doscientos mil dólares al año —deslizó Spencer—, y usted no ha protestado. ¿Debo entender que esos doscientos mil dólares son todos los beneficios anuales de la «Financial Business»?

—Beneficios líquidos, sí —alzó las cejas Waverly—. ¿Le parece poco para un capital que ni siquiera llega al millón y medio de dólares? Aparte, claro está, tengo mi sueldo como director de la sociedad, se descuentan los gastos de ésta… Doscientos mil dólares limpios no me parece tan mal, señor Griffin. Francamente, me considero un hombre de negocios fuera de serie. Soy capaz de negociar con cualquier cosa, y conseguir el veinte por cien de beneficios. Si reparto el quince a mis capitalistas, no creo que puedan quejarse.

—¿Me admitiría a mí como socio capitalista, señor Waverly?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque de momento he contenido la expansión de mis negocios. Tengo en estudio otros proyectos, sin embargo. Y para ellos dispongo del dinero suficiente.

—Le felicito. Dígame, si usted y los Creviston se reparten los beneficios anuales de la «Financial Business»…, ¿significa eso que son los únicos socios que cobran esos beneficios?

—Efectivamente.

—¿Y los demás socios?

—No hay más socios actualmente, señor Griffin. Sólo los Creviston y yo. Oh, y la señorita Mc Vay ahora, claro… Habrá que arreglar ese asunto.

—¿Cómo lo arreglará?

—No sé. Pero encontraré la fórmula.

—Amén —murmuró Spencer—. ¿Qué pasó con los demás socios, señor Waverly? Porque supongo que en algún momento ha habido más de dos o tres socios en la «Financial Business»…

—Desde luego. Llegamos a ser… catorce. Sí, catorce.

—¿Y dónde están los demás?

—Oh, han ido falleciendo.

—¿Falleciendo?

—Parece usted sorprendido, señor Griffin. Y me pregunto por qué. Todos mis socios han sido escogidos cuidadosamente por mí. Hombres o mujeres de edad avanzada, que se encontraban solos… Yo les compraba su dinero y les garantizaba una vejez tranquila absolutamente, sin ninguna clase de preocupaciones. Y puesto que todos mis socios eran elegidos entre personas de cierta edad, o con… dificultades de salud, no sé qué tiene de sorprendente que hayan ido falleciendo.

—¿En cuánto tiempo han fallecido esos catorce socios, señor Waverly?

—En un par de años, o poco más.

—¿Debo entender que entre catorce personas aportaron a su negocio casi un millón y medio de dólares…, y que luego, en dos años, han fallecido todos?

—Evidentemente. ¿Qué dificultad tiene en entender eso?

—Ninguna. Pero ¿no le parece que esos fallecimientos en masa han sido muy beneficiosos para la «Financial Business»?

—Lo han sido, sí.

—Catorce personas en dos años… A un promedio de una persona cada… siete semanas, aproximadamente. A eso se le podría llamar morir a tiempo: entregan su dinero a usted, y luego se mueren. De modo que usted tiene ahora millón y medio de dólares que… compró, y con los que está ganando muy buenos dividendos. Se ha hecho rico con dinero ajeno y está ganando aún más dinero

con ese dinero.

—No engañé a nadie. A todos les decía bien claramente de qué se trataba. Les compraba su dinero, y les pagaba con dinero y con la seguridad de que jamás les faltaría su renta, sin preocupaciones, sin agobios, sin temor a nada. Y mientras estaban vivos, lo cumplí. Tengo mis libros a su disposición, señor Griffin. No hay nada que yo haya hecho que pueda ser considera ilegal o deshonesto. En cuanto a esas catorce muertes en dos años, yo también he reflexionado a veces sobre eso, y… Bien, debo admitir que han sido unas muertes…

—¿Oportunas? —Ayudó fríamente Spencer.

—No. No, no… Digamos unas muertes… rentables. Supongo que le parece una salvajada lo que digo.

—¿Usted cree? Piénselo bien, señor Waverly: catorce personas muy oportunamente muertas, y usted dice que han sido muertes rentables.

—Pero no para mí solo. Los Creviston también están cobrando una cantidad que…

—Los Creviston, señor Waverly, han tenidos dos accidentes en poco tiempo que pudo haberles costado la vida. Asimismo, el padre de la señora Creviston, Walter Stafford, falleció en un… accidente de lancha con su amigo Sam Dobbins, que también era socio de la «Financial Business», y ambos fueron devorados por tiburones. Además, he estado no hace mucho en Chokoloskee, donde estaba… y vuelve a estar enterrado, el abuelo de Mary Ann Mc Vay. Se le hizo la autopsia, y resultó que en su estómago tenía arsénico… ¿Cómo murieron los demás socios, Waverly? ¿Por indigestión de chicle? ¿O… en lamentables «accidentes»? ¿Lo sabe usted?

Norval Waverly estaba pálido como un muerto. La mano que sostenía el cigarrillo temblaba tanto que ni siquiera se molestó en intentar disimularlo.

—Usted…, ustedes no tienen derecho a insinuar…

—No estamos insinuando nada, señor Waverly —deslizó Gordon, que también estaba un poco pálido—. Mi agente sólo le está haciendo preguntas. Usted diga si conoce o no las respuestas.

—Sí… Las conozco.

—¿Y bien? Han intentado dos veces matar a la señorita Mc Vay. Dos veces a los Creviston, asimismo. Catorce personas han muerto…

¿Cómo, señor Waverly? ¿Cómo murieron? ¿De muerte… natural, o debido a enfermedades?

—No.

—¿Qué más? ¿Cómo murieron?

—En circunstancias… ocasionales.

—¿Ocasionales? Extraña palabra. ¿Puede aclarármela?

—En circunstancias… accidentales.

—Ah… Accidentales. ¿Le parecerá buena mi gramática si le digo que esa palabra se deriva de «accidentes»… o viceversa?

—Sí.

—Hay otra cosa más —siguió su turno Spencer—, ayer, usted no quería saber nada de la señorita Mc Vay, ni de su acción de la «Financial Business». Hoy, viene a comprarle esa acción por doscientos mil dólares, nada menos. ¿Por qué? ¿Por qué ayer no y hoy así?

—Creí que la acción era considerada como herencia. No sabía que era una venta, desde el punto de vista legal. Las herencias no están permitidas en mi sociedad, pero no estaban previstas las ventas. No creí que mis socios fueran a vender sus acciones.

—Pues el viejo Mc Vay, que sin duda era un señor muy listo, supo proteger los intereses de su única y querida nieta. Pero usted hace días no sabía esto. Ahora sí lo sabe. ¿Cómo? ¿Cómo lo ha sabido, señor Waverly?

—No estoy obligado… a decir eso.

—¿De verdad piensa así? Oh, vamos, sin duda usted está ofuscado, señor Waverly. Está hablando con el
F. B. I.
¿No lo entiende? Si nosotros queremos, usted duerme esta noche en la cárcel, acusado de catorce asesinatos y cuatro intentos, uno de ellos doble. ¿De verdad piensa que no está obligado a contestar a nuestras preguntas? Recapacite.

Cada vez más pálido, Waverly se pasó la lengua por los labios, y tragó saliva.

—Lo supe por medio de Elvis Creviston.

—Eso es absurdo. A él no le podía interesar que usted lo supiera. Por el contrario, si algo le podía interesar a Elvis Creviston, es que usted ignorase esto, y ser él quien le comprase la acción a la señorita Mc Vay… ¿No le parece esto más razonable?

—Sí, pero… Bueno, él me llamó esta mañana, por teléfono. Me dijo que necesitaba dinero, y yo le dije que no podía adelantarle nada, y que sin duda él disponía del suficiente… Me aseguró que prácticamente tiene la cuenta en blanco, y que necesitaba con toda urgencia el dinero… Cien o doscientos mil dólares, que ya nos entenderíamos luego. Noté… algo raro en él, como un tono de triunfo. Me intrigó, y le estuve sonsacando. Él se reía, y decía cosas que parecían no tener sentido. Creo que había bebido…

—Increíble en el señor Creviston —dijo secamente Spencer—. ¿Qué más?

—Cuando lo despedí, estuve un rato reflexionando sobre las cosas que él había dicho, riendo… No sé cómo, sospeché algo sobre el asunto de la señorita Mc Vay… Creo que mi cabeza funcionó tan bien como siempre, y comprendí la verdad, aproximadamente.

—Y vino a comprar la acción a la señorita Mc Vay.

—Sí.

—¿Dónde ha dejado el coche?

—Ahí fuera…

—No. No, no, señor Waverly… Me estoy refiriendo al otro, al de matrícula de Tennessee, «AWO veintinueve-treinta y cuatro». Al que estaba cerca de Pier Cinco.

Waverly parpadeó, confuso.

—No comprendo. No sé de qué habla, señor Griffin. Sólo tengo un coche, y su matrícula es de Florida. ¿Qué está diciendo?

—¿Y respecto al gas?

—¿Al gas? ¿Qué gas?

—¿Dónde estaba usted anoche a las diez, señor Waverly?

—A las diez… ¡Oh, anoche…! Tenía visitas en casa. Unos amigos vinieron a cenar, y luego estuvimos charlando hasta las… doce, o poco más. ¿Por qué? ¿Qué es eso del gas?

Los dos hombres del F. B. I. cambiaron una mirada. Gordon hizo una seña con la cabeza, hacia la ventana, y los dos fueron hacia allí. Permanecieron casi cinco minutos hablando en voz baja. Por fin, dedicaron de nuevo su atención a Norval Waverly.

—En principio, señor Waverly —informó Gordon—, existen graves sospechas sobre usted, y espero que lo comprenda.

—Sí… Lo comprendo. Y en cierto modo me alegro de que esto haya ocurrido.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No sé… No soy culpable de nada, pero… tengo remordimientos. Sé bien que es una tontería, pero me siento como… como si con la «Financial Business» hubiera traído mala suerte para muchas personas. Por eso de las muertes.

—Por su actitud, señor Waverly, interpreto que usted está dispuesto a colaborar en el esclarecimiento de todo este asunto.

—Así es.

—Magnífico. Mi agente Pough le acompañaré a su casa, ahora, y usted tomará allá todos los datos o noticias sobre las muertes de sus socios… ¿O tiene esos datos en su oficina?

—No. En mi casa.

—Pues Pough irá con usted, tomarán esos datos, y los dos se encontrarán luego conmigo en la Delegación, donde, también, hará usted una lista de las personas que estuvieron anoche en su casa hasta más de las doce. ¿De acuerdo?

—Sí.

Poco después, Norval Waverly y el
«G-man»
Alfred Pough partían, en el coche del primero. Desde la puerta de la casa de Mary Ann, Spencer y Gordon los vieron marchar.

—Yo iré en el coche de Pough al Banco de los Creviston en cuanto me llames al coche, Spencer —dijo Gordon—. Pregúntales en qué Banco tienen la cuenta, y me lo dices al coche, desde el tuyo. Luego, entérate de cómo es posible que unas personas que tienen una renta de cien mil dólares al año estén ahora poco menos que sin un centavo, según le dijo Creviston a Waverly. Haz muchas preguntas. Mientras tanto, yo me interesaré en el Banco por el movimiento de la cuenta de los Creviston…, y hasta es posible que me entere de si Elvis Creviston ha conseguido el dinero que quiere para comprarle la acción a la señorita Mc Vay. Demonios, no tienen dinero… ¿En qué pueden estar gastando cien mil dólares al año? Bueno, márchate ya. Dentro de quince minutos estaré en el coche de Pough, esperando tu llamada… ¿Qué estás esperando?

—Bueno… Quisiera ver qué tal está Mary Ann, señor.

—Oh… Bueno, está bien. Pero dos minutos, Spencer. Estamos

trabajando, muchacho.

—Sí, señor. Dos minutos.

Entró en la casa, frunciendo el ceño al observar que Gordon lo hacía tras él. Cuando entró en el dormitorio de Mary Ann, Gordon se quedó en la puerta, cambiando una maliciosa mirada con la sargento Travis, que soltó una risita. Spencer les dirigió una hosca mirada a ambos, y se acercó al lecho.

—¿Cómo está, Mary Ann? ¿Todo bien?

—Sí… Todo bien, señor Griffin —ella le miraba con tal intensidad que Spencer notó como una corriente cálida en la espalda, que se intensificó cuando, de pronto, Mary Ann le tomó una mano—. Yo… Sé lo que pasó anoche, señor Griffin. La sargento Travis me lo ha contado.

—Ah.

—Le… le debo la vida… SI usted no hubiera venido… a darme las buenas noches…

—Sí, sí… Ejem… Bueno, también vine a otras cosas… No tiene importancia.

—¡Estoy viva gracias a usted! ¿Y dice que no tiene Importancia? ¿Qué es lo que no tiene Importancia? ¿MI vida?

—¡No, no…! —Respingó Spencer—. ¡No quería decir eso!

—¿Qué quería decir, entonces?

—Pu-pues… pues… Bueno, quiero decir que no es tan Importante lo que hice… Je, je… Hasta tiré abajo una puerta.

—Ya le pasaré la factura —musitó ella.

—Sí… Claro…

Mary Ann Mc Vay lo miraba tan fijamente, tan Intensamente, y estaba tan bonita, que Spencer Griffin comenzó a encontrarse en verdad Incómodo. Quiso mover la mano, pero ella no la soltó. Dio otro tironcito, y los dedos de Mary Ann se la sujetaron con más fuerza.

—Oh, vamos, federal —rió Nora Travis—, ¿no se da cuenta de que ella le está pidiendo un beso?

—Pues será mejor que te des prisa, Spencer —dijo Gordon, conteniendo la risa—. Están pasando los dos minutos. Y tienes mucho trabajo que hacer.

Spencer dio otro tirón, pero Mary Ann no le soltaba. Al contrario, cada vez apretaba con más fuerza. Tenía los

hermosísimos y jugosos labios entreabiertos, entornados los ojos, que parecían lanzar rayos de fuego. El
«G-man»
se Inclinó, de pronto, la besó en la frente y se soltó de un inesperado tirón, tan fuerte que quedó tambaleándose. Acto seguido, salió de allí a toda velocidad… Pero no tanta que no pudiera oír el comentario de la sargento Travis:

—Vaya… ¡No se puede decir que su admirado federal sea muy apasionado, Mary Ann!

CAPÍTULO XI

Detuvo el auto también esta vez pegado al bordillo de la acera de enfrente. Se apeó, cruzó la calle absorto en sus pensamientos, y segundos después llamaba a la puerta de rejas, la pequeña. Se quedó mirando hacia el porche de la casa, pero Vivian Creviston no apareció allí esta vez, sino procedente del garaje. Y apenas verla, Spencer comprendió que algo estaba sucediendo.

Cuando Vivian llegó ante él, separados sólo por la corta distancia de los barrotes, pudo verla mucho mejor. Lo miraba como si estuviese alucinada, como si no lo estuviese viendo.

—Buenas noches, señora Creviston —intentó sonreír el «G-man» —. De nuevo me tiene aquí. ¿Puede concederme unos minutos?

Ella no contestó. Parecía incapaz de moverse, de pensar en otra cosa que no fuera aquello que la tenía como en trance. Lo miraba, sí, pero, ciertamente, Spencer comprendió que no lo estaba viendo. Era como si mirase a través de él, hacia algo… horrible.

—Permítame —musitó el federal.

Pasó la mano por entre los barrotes, asió el pestillo y lo abrió. Legalmente, era una… incorrección. Pero aquella mujer necesitaba ayuda. No sabía bien de qué clase, pero la necesitaba.

Sin embargo, apenas comenzó Spencer a abrir la puerta de rejas, ella reaccionó, de pronto, sacudiendo la cabeza. Lo miró, alarmada, y entonces sí lo vio. Lanzó un gemido y se llevó las manos a la boca. Spencer cerró la puerta, y se quedó mirando impresionado a la bella señora Creviston.

—¿Se acuerda de mí, señora? —musitó—. Griffin, del F. B. I. ¿Le ocurre algo? ¿Necesita ayuda?

—No… No, no… ¡Venga a la casa, señor Griffin!

—Muy amable. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí… ¡Sí! ¡Venga conmigo!

Echó a andar hacia la casa, y Spencer se colocó a su lado, mirándola de reojo. Entraron en la casa, y ella lo condujo al «*living*». No había tazas en esta ocasión. Vivian se sentó y señaló otro sillón, delante de ella.

—Siéntese, señor Griffin.

—Gracias.

El
«G-man»
se sentó. Estaba un poco cohibido, porque tenía la clara impresión de que aquella mujer no estaba en condiciones de ser interrogada. Algo la estaba afectando muy profundamente. Estaba haciendo un terrible esfuerzo para atenderlo. En verdad molesto, y hasta preocupado, Spencer se dedicó a mirar a su alrededor, como quien no sabe cómo empezar. A veces, según las circunstancias, los ciudadanos acusan a la Policía, o en este caso al
F. B. I.,
de brutalidad en sus interrogatorios. Incluso de brutalidad mental. Y en las actuales condiciones de la señora Creviston, quizá ella más adelante…

—¿Qué desea, señor Griffin?

El
«G-man»
tardó un par de segundos en mirarla, porque su mirada vagaba, desconcertada, por aquella repisa. Algo no encajaba allí, algo le chocaba a él. Lo comprendió justo en el momento en que volvía la cabeza hacia la mujer: faltaban los retratos en los que se veía a Vivían Creviston acompañada. No quedaba uno solo de aquellos cinco o seis retratos.

—En el fondo, señora Creviston —murmuró, dedicándole toda su atención—, es solamente una pregunta la que quiero hacerle. A menos que usted me asegure que está en condiciones de atenderme. Si es así…

—No, no… Pregunte lo que quiera, señor Griffin. Lo que quiera.

—¿No está su esposo?

—Ha… ha salido.

—Bien… ¿Puede usted decirme en qué Banco tienen su cuenta corriente, señora?

—¿Por qué? —Parpadeó ella—. ¿Para qué?

—Es sólo un detalle más de los muchos que estamos uniendo para llegar al final del asunto que nos ocupa.

—No comprendo… Pero no importa. Tenemos la cuenta en el Miami Central Bank, en la agencia de Flagger Street. ¿Qué más quiere preguntarme?

—Bueno… Realmente, señora Creviston, opino que…

—Estoy bien… ¡Le digo que estoy bien! ¡Pregunte lo que quiera!

Spencer parpadeó, desconcertado. En sus años de agente del
F. B. I.
se había encontrado con muchas personas que habían colaborado admirablemente, adaptándose a las molestias de interrogatorios que a veces resultaban larguísimos, agotadores. Pero, hasta aquel momento, no se había encontrado con nadie que, prácticamente, le exigiera que le hiciese preguntas.

—Bien… Según parece, los cien mil dólares que cobraron de los últimos dividendos de…

Se calló, bruscamente. Su ceño se frunció. Estaba oyendo el motor de un coche, tan cerca, que sólo podía estar allí mismo. Se puso en pie de un salto, corrió hacia la ventana y miró hacia el garaje. Aún pudo ver a Elvis Creviston regresando de la doble puerta de salida a la calle, que debía acabar de abrir. Se metió en el coche y salió disparado hacia aquella puerta, hacia la salida. Llegó, viró hacia la derecha, y entonces Spencer pudo ver, de perfil, al hombre que iba sentado junto a Creviston. Fue solo un instante, y, en realidad, todo lo que pudo haber dicho sobre aquel hombre, si le hubieran preguntado, era que llevaba barba.

Se volvió, con un gesto furioso, hacia Vivian, que se había puesto en pie y lo miraba con expresión aterrada. Spencer abrió la boca, pero la cerró furiosamente y se lanzó fuera de la casa. Cruzó corriendo el jardín, luego la calle, saltó a su coche, le dio la vuelta y se lanzó en la dirección que había tomado Creviston con su coche.

Lo encontró muy pronto, tan sólo tres manzanas más allá. Frenó en seco junto al otro vehículo, saltó del suyo… y comenzó a refunfuñar por o bajo al no ver a nadie. El coche de Elvis Creviston estaba vacío. Y no se equivocaba, estaba seguro: era el coche de los

Creviston.

Durante unos segundos, crispado el rostro por una mueca de contrariedad, el
«G-man»
estuvo mirando el vehículo y a su alrededor. Sabía que ya no conseguiría encontrar a Creviston y a su acompañante, el tipo de la barba. Un cómplice, por supuesto. Las teorías comenzaron a explotar, como pequeños cohetes luminosos, en la mente de Spencer.

Entró de nuevo en su coche, le dio la vuelta y regresó delante de la casa de los Creviston. Vio a Vivian en el porche, inmóvil, mirando hacia él, muy abiertos los ojos. Estaba palidísima.

Soltó un gruñido y requirió la radio del coche.

—¿Señor?

—Estoy esperando —oyó el refunfuño del inspector Gordon—. ¿Qué Banco es?

—Miami Central, agencia de la Flagger.

—Bien. Iré…

—Ha ocurrido algo, señor. Vivían Creviston parecía estar sola, me ha hecho entrar en la casa poco menos que exigiéndomelo, y quería entretenerme, para que su marido pudiera salir con el coche. Con él iba un tipo barbudo. He salido a toda prisa, los he seguido…, pero he encontrado el coche vacío. Se han escapado a pie, señor.

—¿Debo felicitarte?

—Lo lamento —se puso aún más sombrío Spencer.

—Está bien… En realidad, no se te puede culpar, Spencer. ¿Qué crees que está pasando? ¿Has identificado al de la barba?

—No, señor…

—¿No? ¿O sí? Parece que vacilas.

—Bueno… No, no. No le conozco, aunque… Bueno, desde luego, no puedo identificarlo. ¿Quiere escuchar una nueva teoría, señor?

—¿Más muertos? —Respingó Gordon.

—No lo sé. Catorce ya son suficientes, me parece. Escuche mi teoría, señor: Walter Stafford, el padre de la señora Creviston, muere en el mar, con su amigo Sam Dobbins, también socio de la «Financial Business». Luego, ésta empieza a pagar los dividendos de los veinte mil dólares de Walter Stafford a la actual señora Creviston. Pero, en lugar de los tres mil dólares que esperaban,

reciben cuatro mil quinientos, o sea, más de lo que les corresponde. Elvis Creviston corre a enterarse de esto: es porque, entre los socios que quedan con vida, se reparten los beneficios que corresponderían a los demás socios. Y entonces Elvis Creviston tiene una luminosa idea: cuantos más socios mueran, más dinero cobrarán los que queden con vida. Y, con la ayuda de un cómplice, se dedica a matar gente. ¿Qué le parece?

—No está mal, Spencer. Pero hay algo que no encaja en esto. En primer lugar, Walter Stafford, el padre de Vivian Creviston, así como su amigo Sam Dobbins, ya fallecieron en circunstancias que hacen sospechar que esa eliminación de socios comenzó «antes» de que Creviston pudiera tener tan buena idea. Y, en segundo lugar, los propios Creviston han sufrido dos… accidentes un tanto sospechosos, ¿no te parece?

—Esos dos accidentes pudo simularlos Creviston, señor. Sin embargo, su otra objeción me parece razonable. Tendremos que seguir pensando en Norval Waverly como principal sospechoso. Pero, entonces, me pregunto por qué Elvis Creviston y su barbudo acompañante se han… escapado de mí prácticamente. Su actitud ha sido de franca huida, señor.

—Les preguntaremos eso cuando los encontremos. ¿Dónde han dejado el coche?

—Dos manzanas más arriba de la casa de los Creviston, y una a la izquierda.

—Enviaré allá a los de Huellas, a ver si encuentran algo en ese coche que pueda darnos una pista. ¿Cuál es la matrícula? ¡Y no me digas que la matrícula de ese coche es «Tennessee AWO veintinueve-treinta y cuatro»!

—No, señor. Es «Florida JLC treinta y uno-ochenta y cinco».

—Menos mal. Eso habría complicado las cosas. Bien, enviaré allá a los muchachos, y yo iré al Banco de los Creviston. Tendré que ir a sacar de su domicilio al director, porque supongo que comprenderá el gran privilegio que significa colaborar con el
F. B. I.

—Sí, señor —sonrió Spencer.

—Vuelve con la señora Creviston. A ver si te enteras de algo.

—«Okay», señor.

—Es todo.

Spencer cerró la radio, se apeó y fue hacia la casa. Entró en el jardín, ya sin formalidades, y se detuvo al fin delante de Vivian, que lo miraba fijamente.

—¿Por qué lo ha hecho, señora? —murmuró el
«G-man»
—. Espero que se dé cuenta de que su actitud es francamente sospechosa.

Vivian dio media vuelta y entró en la casa, seguida por el federal. De nuevo en el «*living*», ella se dejó caer en un sillón, y se quedó mirando un jarrón con flores, como si fuera lo más importante de la vida.

—¿Quién es el hombre que acompaña a su marido, señora?

Sin respuesta. El jarrón con flores era más interesante.

—¿Es el mismo hombre que el otro día…, mmm…, ayer, estuvo con ustedes tomando café?

Vivían Creviston se estremeció…, pero continuó mirando el jarrón con flores.

—Señora Creviston —musitó Spencer—, su actitud no es razonable ahora. No tardaremos mucho en encontrar a su esposo, y él tendrá que darnos varias respuestas. ¿No quiere simplificar las cosas, por favor? Empezaré por otro extremo del caso: ¿cómo es posible que personas como ustedes, que cobran cien mil dólares anuales, no tengan dinero? ¿Puede explicármelo? Le aseguro que somos comprensivos… Cada cual vive como quiere. Cualquier explicación me parecerá buena.

Silencio. El jarrón con flores continuaba siendo el mayor espectáculo del mundo.

Spencer Griffin suspiró, se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Tenía mucha paciencia. Y gran elegancia para hacer preguntas cuando era necesario.

Hacia las ocho y cuarto, cuando ya empezaba a oscurecer, la paciencia de Spencer Griffin se había terminado, aunque no su elegancia. No había perdido los buenos modales, ni había alzado la voz en ningún momento, pero había desistido de hacer preguntas. No podía competir con la maravillosa visión de un jarrón lleno de flores.

El timbrazo del teléfono le hizo dar un salto en el sillón, y el cigarrillo casi escapó de sus dedos. Miró a la silenciosa, hierática

Vivían Creviston, pero comprendió que ella no contestaría. Descolgó el auricular.

—Casa de los Creviston —dijo.

—¿…?

—¡Señor! Sí, sí, soy yo… ¿Qué ocurre?

—¡Dios! ¡Voy para allá en seguida!

Colgó bruscamente y corrió hacia la puerta. Pero se detuvo en seco, volviéndose.

—Señora Creviston, tengo que marcharme ahora. Por favor, no se vaya. Y si vuelve su marido, dígale que nos espere. No hagan más cosas… extrañas. ¿Me ha entendido? ¿Sí?

Hizo un gesto de impotencia ante la pasividad alucinada de Vivian, y salió a toda prisa de la casa. Poco después, en su coche, se alejaba de allí.

CAPÍTULO XII

Cuando llegó a la casa de Norval Waverly, en la 99th Street de Miami Beach, ya había allí una ambulancia, en el jardín. En la calle había muchos curiosos y agentes de Policía que los mantenían alejados. Mostró su placa y corrió hacia la ambulancia, junto a la cual se veían los camilleros y un médico. En aquel momento, el inspector Gordon saltaba de la ambulancia, y cuando él se disponía a subir, le retuvo por un brazo.

—Pough se ha desmayado —musitó—. Será mejor que se lo lleven, Spencer.

—Pe-pero…

—No es nada grave. Tranquilízate. Heridas como ésa dan prestigio a un agente… y unas pocas semanas de vacaciones extra.

—Bien… ¿Qué ha pasado? ¿Ha podido hablar con él?

—Sí. Pero no sabe cómo ocurrieron las cosas. Todo lo que ha podido decirme es que él y Norval Waverly estuvieron trabajando en eso de los… accidentes. Waverly tiene una máquina de escribir en casa, y Pough estuvo pasando todos los datos de los «accidentados» en un informe bastante amplio y completo. Luego, salieron, para ir a la Delegación… Y estaban cruzando el jardín cuando Norval Waverly dio un grito, y cayó de bruces. Pough se arrodilló, para ver qué le pasaba a Waverly, y en el momento en que le veía la sangre en el pecho, recibió él un balazo en el hombro izquierdo… No había oído ningún disparo. Cree que estuvo unos segundos aturdido, pero al fin pudo ponerse en pie, entró de nuevo en la casa y llamó a la Delegación por teléfono. Cuando llegamos, estaba sentado en el césped, pistola en mano, junto a Waverly. Sabía que quien había disparado con el rifle silencioso ya se había marchado.

—Por Dios… No entiendo esto… Norval Waverly asesinado también… ¡Un momento! ¡Creo que…!

—También yo he pensado en aso: Elvis Creviston. ¿No?

—¿Quién, si no? ¡No irá a decirme que todo esto lo está haciendo Mary Ann Mc Vay!

—Buen chiste, Spencer —sonrió secamente Gordon—. ¿Has sabido algo más de Elvis Creviston?

—No, señor. He dejado a su mujer sola en la casa. Está… como hipnotizada. Como alucinada, señor. Todo lo que ha hecho en el tiempo que he estado con ella ha sido mirar un jarrón con flores.

—Quizá miraba cosas mucho peores hacia dentro, Spencer.

—Quizá. Y es posible que con motivos… Ahora, todas las sospechas apuntan, lógicamente, hacia Elvis Creviston. Y su mujer debe saber algo. Algo horrible… Sí, eso es: Vivían Creviston sabe algo horrible, señor.

—¿Como si pensase que su marido pudo ser quien preparó el accidente de la lancha en la que su padre y Sam Dobbins salieron a pescar? —susurró Gordon Spencer Griffin miró con ojos desorbitados a su jefe.

—Santo Dios…

—¿Su expresión podría indicar que sabe… algo así, Spencer?

—Sí… ¡Sí, señor! ¡Algo así de horrible! Oh, maldita sea, ese borracho miserable…

—Y algo más que borracho, según parece. Convencí al director de la agencia del Miami Central Bank para que me mostrase las cuentas de los Creviston. ¿Sabes cuánto tienen ahora? Mil setecientos veintidós dólares con treinta centavos. Sólo eso.

—Bueno… Una casa como la de ellos, con piscina… Deben tener muchos gastos.

—Seguro —sonrió ahora fríamente Gordon—. Sobre todo, Elvis Creviston. Cada tres meses, envía diez mil dólares al Lucayas Bank de Nassau, a nombre de cierta señorita llamada Debbie Flowers…

Spencer lanzó una exclamación. En aquel momento, el médico que había llegado con la ambulancia miró interrogante a Gordon, que le hizo señas de que podían marcharse. La ambulancia se fue, y el inspector Gordon, tras asegurarse que los hombres del
F. B. I.
que habían llegado con él estaban cumpliendo su trabajo allí, en

busca de posibles pistas, señaló hacia la calle, hacia el coche.

—… Lo cual significa —continuó impertérrito— que los Creviston disponían solamente de sesenta mil dólares anuales, no de cien mil. Es claro que con sesenta mil dólares anuales se puede vivir, pero…

—Dígamelo a mí —gruñó Spencer—. No cobro ni la cuarta parte.

—… Pero, claro, todo depende de la clase de vida que se lleve. Para muchos, lo que tú ganas es poco menos que una fortuna. Para otros, si no pueden gastar cinco mil dólares diarios, se consideran en la ruina. Sólo tenemos que interesarnos por el ritmo de vida de los Creviston…, que, ahora muerto Waverly, se supone que volverán a cobrar nuevamente cien dólares, pese a la existencia de Mary Ann Mc Vay.

—¿Y ella cobrará otros cien mil dólares al año?

—Tienes una novia rica, ¿eh? Efectivamente, si ella puede hacer valer sus derechos, cobrará cien mil dólares al año, y otros cien mil los Creviston, al faltar Norval Waverly.

—Se entiende también, entonces, que la «Financial Business» va a quedar bajo la dirección de los dos únicos accionistas que quedan: los Creviston y Mary Ann Mc Vay.

—Sin duda. Y si muere uno de los dos accionistas que quedan, pues ya sólo sería propiedad del último superviviente, que se encontraría en las manos un capital de casi millón y medio de dólares colocado en una sociedad que funciona admirablemente gracias a las directrices de Norval Waverly, y unos intereses anuales mínimos de doscientos mil dólares, limpios de polvo y paja. Sin hacer nada. Solo, como mérito, tendría el de ser el único superviviente.

—Pero, de momento, hay dos supervivientes, señor.

—Sí… He enviado a dos muchachos a la casa de la señorita Mc Vay. No me parece suficiente la sargento Travis. En cuanto a los Creviston, será mejor que volvamos allá. Elvis Creviston tendrá que volver a su casa, supongo, y… me gustará saber qué clase de explicación tiene preparada.

—¿Y si no vuelve?

—Entonces, lo iremos a buscar, esté donde esté. Ah, respecto al coche, los muchachos de Huellas obtuvieron un montón, desde

luego. Las están clasificando lo mejor que pueden, pues hay tantas que se confunden. Tienen trabajo para tiempo.

—¿Y respecto a esa mujer a la que Creviston envía dinero a las Bahamas?

—¿Debbie Flowers? No sé. Ya veremos… Todo depende de lo que nos explique Creviston. Así que vamos a su casa a esperarlo. En tu coche. El mío se lo llevarán los muchachos… ¡No vamos a dejarlos a pie!

Llegaron al coche que estaba utilizando Spencer, y éste se puso al volante. Gordon se despidió del agente que quedaba al cargo de la nueva situación, agitando una mano, y sacó los cigarrillos. Encendió dos y dio uno a Spencer, que parecía pensativo, fija la mirada en el tráfico. Tenía que cruzar prácticamente toda Miami para llegar a la casa de los Creviston, en Hialeah.

—Respecto a Mary Ann —dijo de pronto el
«G-man»
—, no es mi novia todavía, señor. Y si lo fuese…

—Ni creo que lo sea nunca, realmente —saltó Gordon—. ¡Si yo fuese mujer, y me besasen en la frente…! ¡Hombre, Spencer!

—Elegancia, señor —sonrió Spencer—. Elegancia.

—¿Elegancia? Bueno, ten cuidado que ella no piense que eres tonto… o algo peor. ¿Qué pasaría si ella fuese tu novia ya?

—Le pediría que olvidase ese millón y medio de dólares.

—¿Estás bromeando?

—No, señor. Si ella quedase como única propietaria, le pediría que retirase sus ochenta mil dólares, y que se limitase a cobrar las rentas de los ochenta mil dólares que invirtió en total su abuelo.

—¿Y el resto de los beneficios? —se interesó Gordon.

—Para ayuda de huérfanos y familiares de mis compañeros, señor.

El inspector Gordon se quedó con la boca abierta, dejando que el humo del cigarrillo saliera por su cuenta. Estuvo así unos segundos, antes de murmurar:

—Bueno, Spencer… No cabe duda de que eres elegante. Incluso de sentimientos. No quieres disfrutar de las rentas de unas personas que, según nuestras sospechas, han sido asesinadas, pero, en cambio, te parece razonable que las disfruten familiares de hombres que han muerto al servicio de la Ley, defendiendo a otras

personas… Muchacho, a eso le llamo yo tener… elegantemente apretados los tornillos de la cabeza. Felicidades.

Quedaron silenciosos los dos. Y unos diez minutos más tarde, cuando rodaban hacia el Sur por Biscayne Boulevard, que es a la vez la Nacional Uno, sonó la radio del coche, que fue atendida por Gordon.

—Inspector Gordon.

—Señor, soy Mark —se oyó la voz de su ayudante—. Acaban de avisarnos de un patrullero del P. D. que han encontrado el coche de Gerald Sanders.

—¿El «Tennessee AWO veintinueve-treinta y cuatro»? —exclamó Gordon.

—Sí, señor. Pero…

—¿Dónde?

—En la entrada norte de Bayfront Park, señor. Dicen…

—¡Vamos hacia allá en seguida! ¡Es todo, Mark! ¡Hasta luego!

Capítulo XIII

Estaban apartados del coche, pero no cabía duda de que éste merecía su atención, hasta el punto de que se habrían acercado más de no impedírselo algunos agentes de la Policía.

Todavía sin salir de su auto, Spencer murmuró:

—No lo entiendo. ¿Qué les importará a los curiosos un coche del que, a fin de cuentas, no tienen por qué saber nada?

Gordon no contestó. Salieron del auto y caminaron directamente hacia el coche robado. Un agente de Policía se llevó la mano a la gorra cuando el inspector del
F. B. I.
le mostró su placa. Llegaron por fin junto al coche, y Gordon volvió a mostrar la placa. También aquel policía se tocó la gorra con dos dedos. Algo más allá, el coche patrulla lanzaba su luz azul alrededor, en continuas pasadas.

—A sus órdenes, señor —dijo el policía.

—¿Lo encontraron ustedes?

—Sí, señor. Teníamos órdenes de avisar al
F. B. I.,
y así lo hicimos.

—Buen trabajo… ¿Cómo…?

Gordon se calló bruscamente. El policía se había apartado, y entonces pudo ver al hombre que ocupaba el asiento del coche matrícula de Tennessee «AWO 2934». Estaba caído de bruces sobre el volante, con los brazos colgando a ambos lados de éste. Spencer asió cuidadosamente al hombre por los cabellos y alzó su cabeza lo suficiente para verle el rostro.

—Elvis Creviston, señor —dijo, con voz tensa.

—Está muerto —dijo el policía.

Gordon y Spencer habían cambiado una mirada de inicial desconcierto, pero ambos se recuperaron en seguida. Aquéllos eran los hechos y a ellos había que atenerse. De modo que el inspector terminó la pregunta:

—¿Cómo lo encontraron?

—Pasábamos por aquí con el coche, y vimos un grupo de gente rodeando éste. Parecían excitados, así que nos acercamos, por si ocurría algo. Entonces vimos el coche…, es decir, la matrícula, y avisamos inmediatamente. Eso es todo, señor.

—¿No han tocado nada? —preguntó Spencer.

—¡Desde luego que no! —exclamó el policía.

—Hágame un favor, agente —murmuró Gordon—, vuelva a llamar a la Delegación del
F. B. I.,
y dígales… Nada. Lió es necesario, gracias.

Había estado a punto de decir que notificara la presencia de aquel cadáver en el coche, pero, al mismo tiempo que comprendía que eso era precisamente lo que Mark había querido decirle, sin que él quisiera escuchar más, otro coche se detenía cerca, y varios hombres que Gordon conocía muy bien se apeaban en el acto, con cámaras fotográficas y el resto del equipo. Y, por supuesto, no tardaría en llegar una ambulancia.

Joe Cassidy, el dirigente del grupo de Huellas, se colocó ante Gordon, sonriendo secamente.

—A esto le llamo yo hacer de verdad horas extras, señor… ¿Empezamos ya?

—Sí. ¿Habéis avisado la ambulancia?

—Mark se encargó también de eso. No creo que tarde en llegar.

—Bien. Empezad… Agente —miró al policía del coche-patrulla— ocúpese usted también de que nadie se acerque.

—Sí, señor.

El coche quedó rodeado solamente por hombres del
F. B. I.
Los de Huellas comenzaron a tirar fotografías, con «*flash*», desde todos los ángulos. Gordon y Griffin permanecieron un poco apartados, hasta que Cassidy asintió con la cabeza. Entonces, se acercaron los tres. Spencer se apartó de pronto, fue a la otra portezuela y la abrió, utilizando el pañuelo muy cuidadosamente

para mover la manilla. Todo lo que hizo fue meter la cabeza dentro, sin tocar nada más. Gordon se colocó a su lado.

—¿Qué hay, Spencer?

—Un rifle, señor. Véalo… Fíjese en el magnífico silenciador… ¿Qué le sugiere esto?

—¿Sugerirme? Oh, vamos… Es evidente que una vez examinemos esas balas en Balística, nos convenceremos de que es el mismo rifle que mató a Norval Waverly e hirió a Pough. Ahora te pregunto yo: ¿qué te sugiere la posición de ese rifle?

—Bueno… Parece como si hubiera sido apoyado en el piso del coche, con la boca de fuego hacia arriba, o sea, verticalmente. Luego, si pensamos que Elvis Creviston se inclinó sobre el volante, bajó une mano, apretó el gatillo del rifle y se metió él mismo una bala en el corazón, seguramente no iremos muy desencaminados.

—¿Tú crees? ¿Crees que Elvis Creviston se ha suicidado?

—Eso parece, señor.

—¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Te parece lógico?

—Francamente, no. Una persona que está planeando suicidarse no se dedica antes a disparar con su rifle contra otras dos personas, y viene luego aquí y se mete un balazo… No es lógico, desde luego. Además, ¿dónde está el tipo de la barba que iba con él en el coche de Creviston?

—Buena pregunta.

—Ellos dos parecían amigos… Quiero decir que no me produjo la impresión de que Elvis fuese con aquel sujeto a la fuerza. Toda su actitud era de complicidad. Dejaron el coche de Creviston, escaparon a pie, y fueron a recoger éste.

—¿Para ir a matar a Norval Waverly?

—Evidentemente, señor.

—Respecto al rifle…, ¿de quién crees que pueda ser? ¿De Creviston?

—Mmm… No. No, señor. Debe ser del hombre barbudo, claro. El debió robar el coche hace días, lo ha tenido escondido, así como el rifle… Además, ya fuese en compañía de Creviston o no, ha preferido que las diversas muertes pareciesen accidentales. Pero algo le tiene preocupado, y ha decidido cortar por lo sano. No puede arriesgarse, no puede conceder ningún margen para que le encontremos, aunque hubiese sido por medio de Elvis Creviston. De

modo que lo ha matado, y… eso es todo lo que puedo decirle. ¿Dijo que había enviado a dos de mis compañeros a la casa de Mary Ann, señor?

—Sí. Sobre eso, queda tranquilo. Nada le pasará a ella. Bien, yo creo que nosotros no tenemos gran cosa que hacer aquí. Vamos a ver, por fin, a la señora Creviston. ¿Estás seguro de que ella tiene que conocer al tipo de las barbas?

—Claro. Sí… Debe conocerlo, naturalmente…

—¿Qué te pasa? ¿Qué estás pensando?

—Pues… no lo sé, señor. Es algo… No sé.

Gordon miró atentamente a su agente.

—No hay gran prisa, Spencer. Si estás reflexionando sobre algo, tómate el tiempo necesario.

—Es que no sé sobre lo que estoy reflexionando, señor. Es algo que no acabo de atrapar… Algo que aparece en mi cabeza, y de pronto se esfuma. Creo que será mejor que vayamos a ver a la señora Creviston. Ya me acordaré de lo que sea.

El inspector Gordon parpadeó, perplejo. En aquel momento llegaba la ambulancia, y el forense saltaba por la parte de atrás, dirigiéndose en el acto hacia el coche robado.

—Te diré lo que vamos a hacer los dos, Spencer. Tú, vete al coche, fuma y reflexiona. Ése va a ser tu trabajo mientras yo doy prisa a todo el personal a fin de saber cuanto antes lo relativo a este último asesinato. Será mejor que afiancemos bien nuestras teorías antes de ir a ver a la señora Creviston. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré, señor.

CAPÍTULO XIV

Casi hora y media más tarde sonó la llamada en la radio del coche, y Gordon se apresuró a atenderla. Estaban él y Spencer en el coche, solos, estacionados delante de la casa de los Creviston, que se veía completamente a oscuras, sin una sola luz. El inspector Gordon se había encargado de dar prisa a sus hombres, de conducir, y, mientras esperaban allí los resultados, no había cambiado una sola palabra con Spencer, dejándole reflexionar… estaba fija allí, en aquel punto, si bien era evidente que, en la oscuridad, no podía ver nada.

No poco impresionado, Spencer se acercó a ella y le tocó ligeramente un hombro.

—Señora Creviston —musitó—. ¿Está bien? Soy Griffin, del
F. B. I.
¡Señora Creviston!

Silencio; inmovilidad absoluta. Gordon se acercó, tomó una muñeca de la mujer y presionó con dos dedos en el pulso, suavemente. La dejó caer, y se fue directamente al teléfono. Buscó un número en el listín, lo marcó, y segundos después musitaba:

—¿«Miami Sanatorium»?

CAPÍTULO XV

Eran casi las dos de la mañana cuando Spencer arrojaba su cigarrillo al cenicero de suelo de aquella sala de espera, al ver aparecer al hombre de la bata blanca. Se puso en pie, imitando a Gordon, que se quedó mirando expectante al médico.

—¿Y bien, doctor?

—Algo terrible, señores.

—¿Terrible? ¿Ella no está bien?

—Físicamente, sí. Pero les aseguro que pocas veces he podido examinar a una persona en tal estado de «*shock*».

—¿Debido a qué?

—Bueno… Las causas pueden ser incontables. Sobre eso no puedo orientarles, lo siento. Quiero decir que la misma cosa afecta de modo diferente a diferentes personas. Lo que a ustedes los dejaría impávidos, a mí podría producirme un colapso. Y viceversa. Clínicamente…

—Sí, sí… Entendemos, doctor Robson. En definitiva, ¿cuál es el estado de la señora Creviston?

—Sobrecogedor. Sea lo que sea lo que haya producido ese «*shock*», créanme que ha tenido que ser algo terrible. Terrible sin lugar a dudas. Desde luego, no he tenido tiempo de examinarla debidamente a fondo, compréndanlo… Sin embargo, toda la función vital de…

—Por favor: en lenguaje vulgar.

—¿En lenguaje vulgar? De acuerdo: esa mujer ha perdido la razón.

—¿Está… loca? —jadeó Spencer.

—Una locura pacífica, desde luego.

—Santo Dios… ¿No se puede hacer nada por ella? —musitó

Gordon.

El doctor Robson encogió los hombros.

—Nada, sería muy poca cosa. Pero tampoco puedo prometer nada, por ahora. Mi primera impresión, desde luego, es muy desalentadora. No obstante, la Ciencia podría… provocar una especie de milagro. Es todo lo que puedo decirles en estos momentos. Naturalmente, se la atenderá con todos los cuidados y medios que el caso requiere.

—Sí… Entendemos bien, doctor. Gracias por todo. Seguiremos interesándonos por la señora Creviston. Cualquier asunto, sea de la clase que sea, relacionado con esa pobre chica, no vacile en consultarlo conmigo. Puede llamarme a cualquier hora a la Delegación del
F. B. I.
Si no estoy allí, le pondrán en contacto conmigo, sea como sea.

—Así lo haré, inspector. Y ahora, dispénsenme, pero todavía hay mucho trabajo que hacer. Igual que ustedes, nosotros tampoco descansamos gran cosa. Buenas noches.

—Buenas noches…

El doctor Robson se alejó, y los
«G-men»
quedaron en la sala de espera, pensativos, sumido cada uno en sus propias reflexiones. El inspector Gordon agitó la cabeza, de pronto.

—Vámonos, Spencer. Nosotros también tenemos trabajo que hacer todavía.

CAPÍTULO XVI

Está decidido, entonces —suspiró Gordon, mirando su reloj—. A las nueve de la mañana, o sea, dentro de cinco horas, te irás a Nassau, en avión. Directamente, al Lucayas Bank. Allá, preguntas por la dirección de la señorita Debbie Flowers, y… Bien, tú sabrás qué debes hacer, en todo momento Ella es nuestra única pista. Elvis Creviston le enviaba dinero… Diez mil dólares cada tres semanas. Que te diga por qué.

—Quizá eran amantes.

—¿Así de simple?

—¿Por qué no? Desde luego, parece un poco absurdo… Si yo me decidiera a tener una amiguita, pues… no me la buscaría muy lejos de donde yo tuviera que estar. Pero todo es tan absurdo en este caso, señor…

—Es absurdo porque no sabemos la verdad, Spencer. Cuando la sepamos, todo aparecerá claro como la luz del sol.

—Sin duda. Pero de momento no estamos ya seguros de nada. Según los informes que Pough escribió a máquina en casa de Norval Waverly, asesorado por éste, catorce personas que habían aportado capital a la «Financial Business» han muerto de accidentes en dos años. Accidentes que han incluido envenenamiento por arsénico, al menos en la persona del abuelo de Mary Ann Mc Vay. Esas catorce personas, en total, han dejado cerca de millón y medio de dólares a la «Financial Business», la cual, hasta hace poco, sólo tenía dos accionistas. Uno, Norval Waverly, director gerente de la sociedad. Otro, Vivían Creviston. En definitiva, hemos llegado a la conclusión de que alguien ha estado preparando esos… accidentes, a fin de ir eliminando a todos los accionistas. Llegamos a sospechar, parece que con bastante lógica, de Norval Waverly, pero… nos lo matan.

Luego, sospechamos de Elvis Creviston, y… nos lo matan. No cabe duda de que alguien ha estado organizando todo esto. Pero si todos los accionistas han muerto, si Norval Waverly también ha muerto…, ¿quién lo ha hecho?

—Sólo queda Mary Ann Mc Vay —musitó Gordon.

—Oh, vamos, señor… —refunfuñó Spencer.

—¿He dicho algo que no sea cierto? ¿Acaso queda algún accionista más, aparte de la señorita Mc Vay?

—Pues… no. Desde luego, dada la incapacidad absoluta de Vivían Creviston, Mary Ann puede considerarse como única superviviente. Tendrá que repartir los beneficios con Vivian Creviston, pero, por lo demás, ella será dueña y directora en todos los sentidos de las futuras actividades de la «Financial Business»… Pero usted no puede sospechar de ella, señor.

—Bueno… En realidad, tenemos tres sospechosos, pero quien con más lógica debería interesarnos es la señorita Mc Vay, Spencer. Va a ser, en definitiva, la más beneficiada.

—Ya le dije que no querría ese dinero, señor —gruñó Spencer.

—Ésa es tu decisión, pero… ¿sabemos la de ella? Eres bastante presuntuoso, Spencer, ¿no te parece? ¿Por qué tienes que estar seguro de que la señorita Mc Vay no sólo te aceptará en el terreno amoroso, sino que acatará tu decisión de desprenderse de todo su dinero, excepto de los intereses de los ochenta mil dólares de su abuelo?

—Demonios… ¡Claro que lo hará!

—Me conmueve tu confianza. Pero, en fin, tenemos otros dos sospechosos. Uno de ellos es Debbie Flowers, esa mujer de Nassau. El otro, es el tipo de las barbas. Lamentablemente, la señora Creviston no va a poder decirnos quién es, por el momento. Y es una lástima, porque quizá se simplificaría todo.

—De lo que no debemos dudar, señor, es de que el tipo de las barbas fue quien mató a Elvis Creviston.

—Parece lo más probable. Y eso implicaría que ha estado trabajando para alguien. Pudo ser él mismo quien mató a Norval Waverly y luego a Creviston. Asimismo, pudo ser quien, con el coche matrícula de Tennessee «AWO veintinueve-treinta y cuatro», intentó matar a Mary Ann Mc Vay; y repitió luego el intento, siempre queriendo simular un accidente, abriendo la espita del gas

cuando la muchacha estaba sola en la casa, con una pierna inútil… Lo que yo me pregunto es lo siguiente: si disponía de un arma tan eficaz como ese rifle que tan bien ha demostrado saber manejar…, ¿por qué no mató con él a Mary Ann Mc Vay?

—Demonios, jefe… Porque primero quería hacer las cosas bien, y luego se fue viendo comprometido. Seguramente, al movilizar nosotros el asunto, interrogando a Norval Waverly y a Creviston…

—Espera. Norval Waverly ha sido una víctima más, Spencer… Le han estado dejando vivir por que tenía muy buenas ideas para ganar dinero, y porque iba admitiendo socios… Pero, últimamente, no sólo la «Financial Business» está en perfecta marcha por sí sola, sino que Norval Waverly no precisaba de más socios. ¿Recuerdas que lo dijo?

—Sí… Es cierto. Entonces, lo han matado porque ya no lo necesitaban para que… pusiera en órbita la «Financial Business», y porque no quería admitir más socios, con lo que los intereses de los demás no serían ya aumentados, puesto que nadie más iba a morir. Parece que todo apunta hacia los Creviston…

—Pero han matado a Elvis Creviston. Y lo ha hecho el hombre de las barbas. ¿No te parece estúpido? Muerto Creviston y perdida la razón Vivían Creviston…, ¿qué puede ganar el tipo de las barbas?

—El, nada, quizá. Pero sí alguien. Es indudable, señor.

—Estamos como al principio —bufó Gordon—. ¿Tú crees que el sujeto barbudo va a cometer asesinatos para no ganar nada?

—Quizá alguien le pague por lo que ha hecho.

—¡Exacto! Alguien. Pero… ¿quién? ¿Debbie Flowers, la mujer de Nassau? ¿Vivían Creviston, que quizá jamás vuelva a entender nada de nada? ¿Mary Ann Mc Vay, que ha sufrido dos intentos de asesinato? Sólo el barbudo lo sabe. Maldita sea, Spencer, si lo hubieras visto un poco mejor, podrías dictar su rostro al dibujante, que nos haría un estupendo retrato de nuestro amigo barbudo.

—Lo siento de veras, señor. Sólo le vi de lado: la barba, un pómulo, la punta de la nariz, el brillo de un ojo… Dios… Santo Dios…

—¿Qué te pasa? —exclamó Gordon.

El «G-man» se puso en pie. Estaba pálido, con los ojos desorbitados, la boca

abierta… Por fin, parpadeó y miró a Gordon, que parecía estar sentado sobre una hoguera.

—Demonios, Spencer —mascullo—. ¡Di lo que sea!

—Lo tengo —jadeó el federal—. ¡Ya lo tengo, señor!

CAPÍTULO XVII

¿Señorita Flowers?

La muchacha se quedó mirando con maliciosa admiración a su apuesto y atlético visitante, que sonreía de un modo en verdad agradable, aunque, en el fondo, parecía divertido por encontrarla en «bikini» dentro de la cabaña. Aunque, realmente, esto no resultaba extraño… La cabaña estaba muy cerca de la playa, y lucía un hermoso sol que invitaba a la grata tarea de tostarse con sus rayos. En cuanto a la playa, no podía ser más hermosa: sus arenas tenían el suave tono rosado de algunas playas de las Bahamas, estaba llena de gaviotas, y las aguas eran verdes y azules, transparentes…

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—¿Puedo pasar?

La muchacha alzó las cejas, sorprendida. Por un instante, pareció a punto de negarse, pero acabó apartándose, riendo.

—¿Cómo no? ¡Adelante!

El apuesto y atlético visitante entró, mirando a todos lados, siempre sonriendo.

—Tiene usted una bonita cabaña, señorita Flowers —comentó.

—Muchas gracias. Oiga, ¿quién es usted? ¿Qué quiere?

—Me llamo Spencer Griffin. He llegado esta mañana a Nassau, procedente de Miami.

—Ah. ¿Y qué más?

—Pues… He estado en el Lucayas Bank. Allá, he preguntado por la cliente señorita Debbie Flowers, y he podido… convencerlos para que me diesen esta dirección que, naturalmente, consta en su ficha de cuentacorrentista.

—Muy bien. ¿Y qué?

Spencer volvió a sonreír, de aquel modo tan… cautivador. Abrió

el portafolios que llevaba, y sacó unos cuantos marcos, cada uno de los cuales tenía una fotografía. Los fue colocando lentamente sobre la mesita que había delante del sofá, se sentó en éste, e hizo señas a la muchacha que lo hiciera a su lado. Conseguido esto, señaló una de las fotografías.

—¿Conoce este hombre, señorita Flowers?

—No sé… Parece… ¡Oh, sí! ¡Claro!

—Supongo que ha vacilado porque en la fotografía no lleva barba.

—Así es.

—Bien. ¿Quién es él?

—¿Quién es? —se sorprendió la muchacha—. Patrick Myrick, naturalmente.

—Claro… Naturalmente, sí. ¿Vive él con usted?

—¡Oiga…! ¿Qué se propone usted? ¿Qué le importa…?

—Señorita Flowers, este hombre ha asesinado a quince personas. Dígame, ¿vive él con usted?

Debbie Flowers había palidecido, y su barbilla temblaba violentamente. Tardó algunos segundos en recuperarse lo suficiente para tartamudear:

—El… él viene aquí con… con frecuencia, sí… Bueno… Prácticamente, vivimos juntos… Yo trabajaba de camarera en un club de yates, y él… él me dijo que podía… independizarme… Es algo mayor ya, pero… me pareció amable, educado y generoso…

—Digamos que se gasta alegremente con usted diez mil dólares cada tres meses. ¿Correcto?

—Sí.

—Y ese dinero es el que usted recibe cada trimestre en su cuenta del Lucayas Bank. Él le dijo que un amigo o socio de Miami le enviaría esas cantidades periódicamente, pero que no convenía que él tuviese cuenta corriente. De modo que abrió usted una a su nombre, cobra cada tres meses el dinero que en realidad es para el señor… Patrick Myrick, y lo disfrutan alegremente.

—Sí… Sí, señor. Pero no creí que… que estuviese haciendo nada malo…

—La creo. Usted no sabe nada de nada. Lo único malo que está haciendo es vivir con un hombre. Y eso… es corriente. Aunque el hombre tenga ya unos… sesenta años. ¿Ésa es su edad?

—Sí… Aproximadamente… Nunca se lo he preguntado.

—¿A qué se dedica el señor… Myrick?

—Oh, a nada concreto… Dice que está retirado ya, y que por eso le envían ese dinero. Me contó algo sobre el Fisco norteamericano… No le entendí bien, pero no me importó. Hice lo que él me decía, sin complicarme la vida. Él se dedica a pasear, pescar, dormir…

—Una vida muy placentera, ciertamente. Dígame, señorita Flowers, ¿a usted le gustaría complicarse la vida?

—No… ¡No, señor!

—Magnífico. Entonces, escúcheme atentamente…

CAPÍTULO XVIII

Hacia las cinco de la tarde, un auto de alquiler se detuvo delante de la cabaña. Un hombre alto, recio, barbudo, se apeó, pagó el servicio, se hizo cargo de su única maleta, y, mientras el coche se alejaba, él caminaba alegremente hacia la cabaña. Abrió con su propia llave, entró, dejó la maleta en el suelo, y llamó:

—¡Debbie! ¡Ya estoy de vuelta! Ah… Estás aquí… ¿Cómo te has divertido estos días?

Debbie Flowers apareció, todavía en «bikini», sonriendo de un modo extraño, crispado, pero el barbudo no se dio cuenta de ello. La abrazó, la besó en la boca y luego le pasó un brazo por los hombros, adentrándose en la cabaña, hacia la parte destinada a «*living*». Se fue directo al sofá, se sentó y suspiró profundamente.

—¿Quieres prepararme algo de beber? —pidió—. Oye, ¿qué te pasa? ¿No te alegras de que haya vuelto? ¿Te has quedado muda? Francamente, esperaba otro recibimiento, y… —Su mirada pasó rápidamente sobre las fotografías enmarcadas que había en la mesita, la regresó aún más rápidamente, y palideció. Durante unos segundos, el silencio fue angustioso—. ¿Quién…? ¿De dónde has sacado… estas… fotografías?

—Las he traído yo de Miami, «señor» Stafford —dijo una voz de hombre en la puerta de la cocina—. Me permití registrar la casa de su hija, hasta encontrar el lugar donde ella las había escondido… ¿O fue Elvis quien las escondió, por orden de usted?

El barbudo tenía ahora una palidez cadavérica. Parecía haberse convertido en una estatua. Spencer Griffin acabó de salir de la cocina y se sentó en un sillón, delante y un poco a la izquierda del barbudo personaje.

—Por supuesto, «señor» Stafford, usted me conoce bien, ¿no es

cierto? Spencer Griffin, del
F. B. I.
Ha podido verme seguramente en varias ocasiones. En cambio, yo sólo le vi a usted en una… Aparte de verlo en esas fotografías con su hija, claro. La primera vez que fui a la casa de su hija, usted escapó, pero sin llevarse su taza de café. La segunda vez, sólo pude verlo de lado, en el coche de su yerno, el… infortunado Elvis Creviston. ¿Necesita más explicaciones?

—No —negó el barbudo roncamente.

—Sin embargo, voy a dárselas. Usted, «señor», es Walter Stafford, el… «infortunado» padre de Vivian Stafford, de casada Creviston. Y, evidentemente, no falleció usted en aquel accidente de lancha, ni fue devorado por los tiburones, como su amigo, el auténticamente infortunado Sam Dobbins, con el cual salió a pescar aquel día… Sólo que antes ya había matado a dos socios de la «Financial Business». Pronto comprendió que si morían todos menos usted, levantaría sospechas, claro. De modo que decidió ser una «víctima» más A tal fin, no le importó que su amigo Sam Dobbins muriese realmente. Al contrario, era un accionista más de la «Financial Business». Más dinero para los supervivientes… O sea, su hija. De modo que, puesto de acuerdo con su yerno Elvis Creviston, después de… quitarse de en medio, usted continuó provocando accidentes mortales entre los socios de la «Financial Business», hasta que, por fin, sólo quedaron Norval Waverly y su hija, que no sabía nada… Su yerno, sí. Estaban de acuerdo. Su hija cobraba, y él le enviaba cada tres meses diez mil dólares a usted, por medio de la señorita Flowers. ¿Correcto, señor Stafford?

—Sí. Ya basta… Es suficiente…

—De ninguna manera, «señor». Digamos que cuando usted se las prometía tan felices, apareció la señorita Mary Ann Mc Vay, que fue a ver a su hija y a su yerno. Éste, inmediatamente, le avisó de lo que ocurría, y usted fue a Miami. Aparte de intentar por dos veces que la señorita Mc Vay muriese en un… accidente, primero con el coche que robó en Pier Cinco, y luego con el gas, ya no pudo evitar ver a su hija, que, por supuesto, debió impresionarse muchísimo. Pero aún se impresionó más cuando comprendió la verdad… La horrible verdad: su padre era un asesino. Y su marido le había estado ayudando, apoyándole, enviándole dinero… Usted colocó

veinte mil dólares en la «Financial Business», y su yerno le enviaba cuarenta mil al año. Fabuloso negocio, «señor» Stafford. Y eso, sin contar con que su hija vivía espléndidamente con sesenta mil dólares al año. Todo magnífico…, hasta que apareció Mary Ann Mc Vay. Usted partió hacia Miami en cuanto su yerno le avisó. Había que quitarle de en medio, pues aún no sabían que podían comprar la acción… Luego, Waverly, que sí lo supo, pretendió adelantárseles, y como, además, ya no les era útil en ningún sentido, fueron los dos a matarle. Luego, usted asesinó a su yerno. En boca cerrada no entran moscas… ¿No es cierto, «señor» Stafford? Y, además, su hija, que ya sabía la verdad, quedaría como única superviviente de la «Financial Business», y usted la convencería para que le enviase dinero, como había estado haciendo Elvis hasta entonces. Un dinero que aumentaría, ya que usted, que sabía que Mary Ann Mc Vay estaba bien protegida, decidió dejarla con vida, por el momento. Dentro de unos meses habría vuelto a Miami y la habría matado. Así, su hija sería dueña absoluta de la «Financial Business», y como no iba a delatarlo, por supuesto, lo que tendría que hacer sería seguir enviándole dinero. Pero más de cuarenta mil dólares al año, claro, dadas las nuevas prósperas circunstancias. ¿Cuánto? ¿Cien mil, quizá? Hermosa cantidad para disfrutarla en compañía de la linda jovencita de turno, «señor» Stafford. Y todo, por haber colocado veinte mil miserables dólares en manos de un caballero que había comprado su dinero. Espléndido negocio. Pero… ya terminó.

—¿Debo ir con usted? —murmuró serenamente Walter Stafford.

—Se lo agradecería. Puede usted elegir dos sistemas. Uno de ellos, complicarnos la vida los dos molestando además a las autoridades coloniales inglesas. Otro, venir conmigo, tomar el avión a Miami y aceptar las cosas. ¿Qué sistema elige?

—Iré con usted.

—Muy amable. Entonces, «señor» Stafford, sólo tenemos que partir hacia Oakes Field. ¿En marcha?

—Sí… Cuando guste.

—Ahora mismo. Oh, una pregunta: ¿por qué mató a su yerno?

—Se estaba volviendo muy exigente, y, además, él… engañaba a Vivian, la escarnecía… Algo había cambiado en él; bebía mucho…

—Al parecer, la conciencia no le dejaba tranquilo, y quiso…

aturdirse, comenzó a embrutecerse. Gran riesgo, ciertamente. Sí… Era mejor matarlo. Si ya había matado a catorce personas…, ¿qué importaba una más? Su hija encontraría pronto otro hombre mejor que Elvis.

—Así lo esperaba. Quería que ella también fuese feliz. Pero reaccionó… de un modo irrazonable.

—¿Irrazonable? —Se enronqueció la voz de Stafford—. Usted es una bestia inmunda, «señor». Una hija se entera de que su padre es un monstruoso asesino…, ¿y le parece irrazonable que reaccione contra esa revelación? Simplemente, su hija es una persona normal. Usted, no. Camine. Nos vamos inmediatamente.

Walter Stafford se dirigió hacia la puerta. Parecía a punto de desmoronarse, caídos los hombros, abatida la cabeza sobre el pecho, lívido el rostro… De pronto, saltó hacia la pared de su derecha, asió uno de los arpones que había colgados allí, cruzados, y se volvió hacia el
«G-man»,
alzándolo, aullando…

—¡Veremos si me…!

Lanzó el arpón, con una fuerza terrible. Spencer se apartó agilísimamente, y la terrible arma pasó lejos de él, yendo a clavarse en la otra pared. Stafford lanzó otro aullido, descolgó una nueva flecha brillante, y de nuevo se encaró con el
«G-man»,
que ni siquiera había hecho intención de sacar su pistola Los ojos de Walter Stafford eran dos puntos de furia salvaje, parecían al rojo vivo; era como si de un momento a otro fuesen a saltar de las órbitas. Debbie Flowers estaba simplemente petrificada de puro espanto. Ni siquiera su cerebro parecía funcionar en aquel momento.

—Te voy a matar a ti también —jadeó Stafford, acercándose, con el arpón por delante—. ¡Te voy a matar!

Spencer no contestó. Se había encogido un poco, y tendía sus manos abiertas hacia delante, con las palmas para abajo, doblados un poco los dedos. Sus claros ojos parecían dos trocitos de hielo… Stafford le lanzó un puntazo, pero el
«G-man»
se apartó, siempre con facilidad. Esquivó todavía dos más, saltando

hacia los lados y atrás… Por fin, al cuarto, una de sus manos asió el arpón, como una garra. Dio un tirón, atrajo a Stafford hacia él, le volvió la espalda, se pasó el brazo armado por el hombro derecho, y dio un tirón, inclinándose… Con un largo aullido, Walter Stafford salió volando por encima del agente del
F. B. I.
Cayó de espaldas en la puerta de la cocina, con tal fuerza que se quedó sin aliento, inmóvil, como roto.

El
«G-man»
se sentó sobre su vientre, colocándole una mano en la garganta, rudamente, como si fuera a romperle el cuello.

—No, «señor» Stafford —jadeó—. Nada de eso. No pienso matarlo. Usted va a ser juzgado como merece: como un monstruo. Y no tema por lo que pueda ocurrirle a su hija: ya le ha ocurrido. No será propietaria de nada, ni tendrá que vivir la vergüenza de ver a su padre juzgado por criminal… Ella no pertenece ya a nuestro horrible mundo. Vive en otro, muy propio. Y, francamente, no sé cuál de los dos es peor: si nuestro mundo, o ver solamente un jarrón con flores. En pie. Volvemos a Miami.

ESTE ES EL FINAL

—¡Hola! —saludó, agitando el bastón—. ¿Qué tal, señorita Mc Vay? ¡Le he comprado, un bastón, tal como le prometí!

—Y por cierto que es muy bonito —dijo la señora Warden, que había abierto la puerta al
«G-man»
—. Muy bonito, de verdad. Oh, ahora recuerdo que Jimmy y Joe habrán vuelto ya de la escuela… Volveré a la noche, Mary Ann.

—Está bien… Gracias, señora Warden.

La vecina de Mary Ann se fue, tras dirigir una mirada maliciosa a Spencer, que, todavía con el bastón en alto y una caja de bombones y un ramito de flores en la otra, se había quedado en el centro del «*living*», sin saber qué hacer…

—¿No quiere sentarse, señor Griffin? —murmuró Mary Ann.

—Oh, sí…

Se acercó a la muchacha, le entregó a la vez el bastón, las flores y los bombones, y se quedó mirando la pierna enyesada, que descansaba en un sillón. Mary Ann estaba sentada en el sofá, y llevaba una faldita más bien corta y un jersey de hilo, color rojo pálido, que a Spencer le pareció un símbolo de algo que estaba notando: su sangre ardiendo.

—Aquí, en el sofá… Conmigo. ¿Le parece bien?

—Ejem… Por supuesto. Bueno, señorita Mc Vay —se sentó—. Yo he pensado… comprarle su dinero.

—¿Comprarme mi dinero?

—Sí. Verá… Bueno, es un poco largo de explicar. Parte de él será para atender a Vivian Stafford, ¿comprende? Quiero decir, los

intereses que le correspondan, claro… El resto… O sea…

—Señor Griffin, no entre en detalles. Solamente dígame: ¿qué va a darme a cambio de mi dinero?

—Bueno… Yo había pensado darle mi nombre y… y un millón o poco más de besos semanales…

—¿De veras? —Ella le tomó una mano, cálidamente—. Mire, señor Griffin, yo no tengo nada contra su nombre, pero, francamente, temo que no siento interés por sus besos. No me parecen renta… suficientemente… ¿cómo diría yo?…, convincente. Eso es: convincente.

—¿Por qué? —Se mosqueó Spencer.

—Vaya… Es una pregunta graciosa, señor Griffin… Digamos que sus besos son… pasados por agua. Con sinceridad, dudo que lleguen a interesarme como renta de mi dinero. Si todos son como aquéllos…

—Esto… ¿De verdad estamos solos?

—Sí. Sí, sí, desde luego, señor Griffin.

—¿No está mi jefe? ¿Ni la señora Warden? ¿Ni la sargento Travis?

—No…

—¿Solitos en toda la casa? ¿Nadie va a ver nada?

—Claro que no. Si estamos solos…

Mary Ann Mc Vay no pudo terminar la frase, porque Spencer la había abrazado por la cintura, de modo que, describiendo con exactitud su gesto, la incrustó a la muchacha contra él, mientras su boca se hundía en la de ella…

Cuando la apartó, separó a la muchacha, y se quedó mirándola. Mary Ann estaba sin respiración, con los ojos cerrados. Por fin, abrió los ojos, que quedaron fijes en los del agente del
F. B. I.,
con la expresión de quien acaba de descubrir, por lo menos, un nuevo continente.

—¿Y bien? —masculló Spencer.

—Te… te vendo… todo mi dinero… —tartamudeó ella—. Pero, por favor, sigue… anticipándome mis… mis intereses… un poco más…

—Allá voy —dijo el
«G-man».

Y se lanzó de lleno al ataque.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…